



se

SOLO

JUHANI AHO

Lectulandia

De la Finlandia virginal de finales del siglo XIX al París del Moulin Rouge. De la apacible vida en las villas campestres —y los bosquecillos junto a los lagos o el mar— a la bohemia, con sus días de absentia y placeres equívocos. Como telón de fondo para la historia de amor de un soltero maduro, que viaja al París de la Exposición Universal de 1889, unos paisajes y lugares magníficamente recreados. El protagonista de estas páginas, un escritor finlandés que es también maestro rural, pasea por las calles de la mítica ciudad francesa cuando ésta se halla en plena efervescencia, admira la Torre Eiffel, recorre los parques y cafés y trabaja cada día en una de las más famosas bibliotecas del mundo. Todo es nuevo para él: Finlandia es un país pequeño y aún provinciano, la gran urbe lo deslumbra... Pero también lo desorienta y lo hace perderse en un sinfín de cavilaciones. No sólo asistimos aquí a una huida en el espacio, sino a un viaje interior en compañía de los sentimientos y cambios de humor de un hombre «sin carácter» profundamente enamorado (o que cree estarlo). A veces desesperado, a veces lleno de esperanza, su desconcierto es constante. ¿Por qué, si no, llega a confundir —poéticamente— los bosques finlandeses con los Grandes Bulevares de París?

Con ecos de las grandes novelas europeas de su época, esta narración de tintes autobiográficos supuso la entrada de la literatura finlandesa en la Modernidad. Todo un clásico.

Lectulandia

Juhani Aho

Solo

ePub r1.0

Titivillus 29.10.2018

Título original: *Yksin*
Juhani Aho, 1890
Traducción: Luisa Gutiérrez Ruiz
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

I

II

III

IV

V

VI

Sobre el autor

Notas

La música está hecha de tristeza, moldeada de pesar.

I

La cena había concluido, estábamos sentados en el salón y el reloj ya marcaba las doce. Había sido una velada forzada, y las palabras, carentes de contenido.

La conversación había languidecido y amenazaba con quebrarse por completo. Cuando un cochero y su carruaje dejaron de romper el silencio, sólo se escuchó la melodía susurrante de la mecha de la lámpara.

Vi a Anna ocultar discretamente un bostezo con la palma de la mano. Arrellanado en el sillón con las piernas extendidas, su hermano bostezaba sin disimulo, pues éramos viejos amigos. Ya no podía seguir allí por más tiempo, aunque hubiese deseado contemplarla un instante más desde la penumbra, a la sombra de la lámpara, ese lugar donde ella se sentaba próxima a la luz, inclinada sobre su labor. Ahora la dejaba en la mesa y tenía la evidente intención de levantarse. Me adelanté, cogí mi gorra del piano e hice una reverencia a su madre.

—¿Te vas ya? —preguntó ella; así y todo me tendió la mano.

—Ya es hora —respondí, y no tuve suficiente orgullo para frenar la melancolía de mi voz, aunque comprendía que hubiera debido hacerlo.

—Bueno, ¡entonces hasta siempre, y que tengas buen viaje!

Me deseó, además, salud y prosperidad y me pidió que trajera nuevas ideas del extranjero.

—¿Cuántas? ¿Un baúl lleno? —traté de imprimir a mi voz un matiz de amargo desdén.

—Suerte, cuídate, que te vaya bien, vive generosamente y, tal y como hablamos, escíbeme sobre toda suerte de cosas —dijo el hermano sacudiéndose la flojera que me había importunado toda la noche.

Anna estaba sentada entre ambos. Al pasar de su madre a su hermano, me la había saltado. Deseaba que su apretón de manos fuese el último antes de partir de mi país.

—Adiós...

—Adiós, buen viaje...

¡Con qué sequedad, formalidad y frialdad lo dijo! ¡Cuán inerte y carente de todo sentimiento el apretón de su mano!

Mientras los demás me acompañaron hasta el vestíbulo, ella se quedó en el salón para cerrar el piano, ante el cual la había encontrado sentada, en la penumbra de la tarde, sumida en ensoñaciones, cuando llegué. Había oído la música desde el pasillo y la había escuchado un momento detrás de la puerta, sin aliento y con el corazón palpitante. Ahora la veía levantar la lámpara de la mesa y esperaba que tal vez se acercara, que tal vez me iluminara el camino por las oscuras escaleras. Pero sólo se llevaba las notas a la estantería, luego se giró, atravesó el salón hacia la puerta de su cuarto y la cerró, implacable, así lo sentía yo. Lo último que vi de ella fue su fino perfil, su mejilla pura y un ondulado mechón junto a la oreja.

No, pensé yo, al bajar las escaleras, ¡si tú no, pues yo tampoco! Y dejé que el resorte de la puerta principal ejerciera su poder. ¡Que arme estruendo! Y lo armó de modo que las ventanas temblaron en la pared y el largo pasillo sombrío respondió enojado.

¡Gracias a Dios que aquello por fin había quedado claro! Hasta el final me había atormentado la esperanza. Ahora ya no había motivo por el que sufrir. No más que un caminante en el desierto cuando, de pronto, el espejismo se desvanece y no divisa a su alrededor más que un mar de arena sin límite. Y sabe que *no puede* apagar su sed.

Entonces, confórmate, me dije a mí mismo. ¿Y qué si se agita allí en tu pecho y gime el corazón? No hay inquietud, pues tampoco hay salvación.

Un cochero dormita flácido en su coche de caballos en la esquina de la calle, bajo una jadeante llama de gas.

Los frondosos árboles de Bulevardi forman una bóveda tenebrosa sobre mi cabeza. En el cementerio de la Iglesia Vieja se desliza sigiloso un oficial artesano con su amada.

Una mujer solitaria, tocada con un pañuelo, aminora el paso y se escurre indecisa a mi lado. Sus ojos son dóciles, implorantes. ¡Si te la hubieras llevado se hubiese mostrado agradecida, tal vez te esperaba, casi detenida bajo una farola! Mañana te hubiese acompañado al barco, te hubiese observado entre el gentío y agitado secretamente el pañuelo en señal de despedida. ¿Por qué la dejaste marchar?

¡Ella no puede venir, Anna! ¡Vendría con mucho gusto, pero no puede! ¡No te lo tomes a pecho, querida mía! ¡No puedes! ¡No llores ni mueras de tristeza! ¡Trata de ser feliz! Dentro de un par de años regresaré y traeré conmigo muchas ideas nuevas.

Toda la plaza Erottaja se convierte en un único ruido seco cuando un carruaje baja desde Kolmikulma repleto de animosos estudiantes, recién llegados a la ciudad.

¡Ellos son jóvenes, ellos dan gritos y vítores! Todavía disfrutaban y el mundo les tiende la mano.

Pero ¿acaso estoy en mis cabales? Amargo y envidioso hacia quienes ella dudo que conozca. Quién sabe si a ellos les importa Anna lo más mínimo, ¡tan poco como a ella ellos! ¿Sólo porque se quedan aquí? Pero uno, el más cercano, tenía una gorra blanca calada con descuido y descarado sobre una de las orejas. Sus hombros eran

vigorosos y tenía el pelo negro y rizado. Yo llevo el sombrero como un caballero mayor, soy pesado, y gordo, y torpe.

Me obligo a reírme altanero ante la comparación. Con simulada energía atravieso Esplanadi hacia el restaurante Kämp, sobre su puerta destella una brillante lámpara eléctrica.

¡Qué sensación más dulce ascender al apartamento, al hotel, a la habitación! Por la rendija de la puerta extiende tan amablemente su mano la factura que «para evitar errores, se entrega cada día». ¡Qué hogareño aroma en esta habitación! ¡Qué orden exquisito denotan las velas sin estrenar, de igual largura, a ambos lados del espejo! Y delante un cenicero de porcelana en cuyo fondo leo mecánicamente: ALMACÉN INDUSTRIAL NÓRDICO DE HELSINKI. GRAN DEPÓSITO DE MENAJE PARA PARTICULARES Y RESTAURANTES.

¿Por qué dicen que a una habitación de hotel le falta personalidad? ¿Porque en ella no se nota la impronta de su residente, no despierta recuerdos de escenas de su vida? Pero si yo he vivido la mitad de mis años en hoteles. Estas sillas, sofás y mesas mudos y en todas partes semejantes son para mí como muebles heredados.

Y ahí está mi maleta, rica en recuerdos, abierta de par en par delante de la alcoba. Hace una semana, cuando la preparaba para volver del campo, Anna y yo éramos aún buenos amigos. Ella me había traído la ropa limpia de la lavandería, arrebolada por las tareas domésticas. De subir corriendo las escaleras hasta el cuarto del ático estaba casi sin resuello y se sentó a recobrar el aliento en la silla, con las manos en el regazo de la falda.

Quería ver cómo se preparaba una maleta que viaja a tierras extranjeras. «¡Ah, qué maneras! ¡Pero si tú, solterón, no conoces ni las nociones básicas! ¡Apártate!». Y me hizo a un lado, volcó el contenido de la maleta y comenzó a colocarlo todo de nuevo. Estaba de rodillas en el suelo, con el pelo en atractivo desorden. Yo tenía que alcanzarle las cosas. La ropa blanca descendía entre sus manos, se apilaba una sobre otra, una encima de otra, y la más diminuta rendija era rellena con cuellos y pañuelos.

Allí estaba de pie, torpe, enamorado. Ella no actuaría así si no me amara. Mañana es mi partida, ahora es el momento adecuado. Y le expresé lo que todo el verano había estado rondándome los labios, que la amo.

No veo su rostro. Veo la nuca arrebolándose, coloca aún un par de pañuelos más, deja caer de sus manos el montón al suelo y ya sólo oigo sus pasos apresurados, que bajan la escalera y continúan por el salón hasta su cuarto, cuya puerta se cierra de un portazo.

Salgo sin molestar a nadie —la madre trajina con las vasijas en la cocina—, yerro por las colinas y bosques y, cuando regreso siguiendo las vías del ferrocarril, apenas si me aparto del camino del tren que viene en sentido inverso, su puerta permanece aún cerrada. Pero en mi cuarto, sobre la ropa, aguarda una nota suya. Me considera un amigo, un hermano mayor, casi un tío. Otra cosa es absolutamente imposible. No

le ha comentado nada a su madre ni a su hermano. Y me pide que también yo me abstenga. Pues ella «no quiere».

No se presenta a cenar. No la veo hasta la mañana siguiente, un poco antes de la partida del tren. El ligero vestido de verano ha desaparecido y lleva uno serio de paseo. La joven alegre, revoltosa, a quien ayer aún me atrevía, en aras de la vieja amistad, a tomar de la mano y hacerla girar, se ha convertido en una respetable señorita.

¡Acaso no hay aquí recuerdos, objetos preciados, queridos en esta habitación! La maleta aún conserva la huella de sus manos. ¿Por qué dicen que una habitación de hotel carece de personalidad y que al partir no despierta nostalgia?

También ella sabría contar algo, esta alcoba donde he pasado las insomnes noches de mi semana de tormento y, llorando —un hombre adulto— he apretado en mi regazo un cojín que en la esquina mostraba el sello del hotel.

¡Cómo hallar ahora coraje para dejarte, donde he sentido *felicidad* en lo más profundo del corazón! ¡Pero he de hacerlo!

¡Fuera, fuera! ¡Ciérralo todo! ¡Un candado al pasado y la llave a los rápidos! Y con las rodillas presiono despiadado la maleta y cierro los cerrojos como si con ello hubiese deseado estrangular a alguien.

Supongo que ha sido mi llamada la que ha hecho sonar el timbre eléctrico al final del corredor que oigo por la puerta abierta.

¡Ah! ¡Conserje! «Por favor, ocúpese de hacer llegar estas cosas al barco».

¡Adiós, habitación mía! Y me pregunto a mí mismo, a media voz, si no me aflige marcharme de mi hogar. Lanza junto a esa portilla un último beso al aire, un beso a la casa de tus antepasados en cuyas ventanas resplandece como despedida el arbol de la tarde extinguiéndose.

Bajo a la zona del restaurante. No es propio de mí marcharme de esta manera, como un fugitivo. Ésta es una ocasión solemne y excepcional, y he de vaciar una copa en su honor.

Mientras desciendo las escaleras de tapizados peldaños, donde no se siente nada más que el suave avance de los pasos, en el gran espejo veo para mi agrado a un hombre con los ojos fruncidos de ironía y cuya comisura de los labios revela desdén. Disfruto de mi burla y del desprecio de mi espíritu, que, de pronto, he conseguido resucitar en mí tras largo tiempo. Y deseo mantenerlo.

Pero tengo la sensación de que la burla y el desprecio caen y caen, como si hubiese una falla en el suelo.

En la antesala del restaurante, siento bajo los pies un duro felpudo de rafia. Mi abrigo pasa de mis hombros a las manos del sirviente... Allí estaba sentada ella la pasada primavera, ante el espejo, y se atusaba el pelo y el sombrero... El gran comedor está iluminado como para una boda. Se oyen voces en la pieza adyacente, se ven sombreros de mujer, charreteras de oficiales y una pechera blanca... Allí cenamos una vez juntos, con toda la familia, antes de que partieran al campo. La sala

está ahora casi vacía. Frente a la puerta, en el centro, hay una mesa de aquavit redonda. A su alrededor gira un caballero de edad, pequeño, calvo, mascando pan duro, y con el tenedor en posición de ataque. Otro par de caballeros vestidos con frac, cancilleres del senado que aparentemente han venido de algún banquete, se sientan más lejos al fondo de la sala, cada uno a un lado de una mesita redonda, las frentes casi juntas, hablando a media voz.

Me deslizo hasta el rincón más retirado del salón. Un camarero se ha puesto en marcha desde el lugar donde espera atento en la pared de enfrente.

No sé qué pedir. ¡Que me traiga, pues, un grog!

Pero cuando me lo sirven y comienzo a mezclar mi bebida, no entiendo por qué diablos estoy allí, completamente solo, preparándome un trago, en mitad de la noche. De pronto, languidece en mí toda resistencia y me deshago como un ovillo. No estoy en condiciones de mantener erguida la cabeza y la burla y el desprecio caen al suelo de su afectado soporte.

Y es que esto es, en realidad, infinitamente triste y desesperado.

Ella había sido mi última esperanza. Me había devuelto mi aplomo, que estaba por los suelos, espiritualmente entumecido. Yo me había propuesto rehacer mi vida, atrevido a abrir ante mí otro futuro. Deseaba actuar, influir y esforzarme. Ya me había hecho a la idea. Y ahora todo volvía a ser como antes. Estaba en este restaurante como en una orilla desierta de la que creía haber partido. Me notaba aún más viejo y más carente de vigor que antes. No había en mí nada roto ni sentía el dolor de la fractura. Pero todo énfasis había flaqueado. Yo estaba gastado por la edad, era un arco distendido.

En el transcurso de las últimas noches había rabiado lo que tenía que rabiar, lamentado lo que tenía que lamentar. Ahora ya no tenía fuerzas para lamentar ni penar. Me hubiera dado por satisfecho si hubiese podido alejar de mi cabeza los recuerdos, pero éstos se habían acostumbrado a presentarse a aquella hora de la noche. Acudían por el canal antes surcado. Igual de lúcidos, aunque tal vez un tanto más pálidos y descoloridos que la primera vez.

II

La conozco desde que era una niña. La primera vez mis ojos tropiezan con ella cuando su hermano me lleva ante su familia y me presenta como su mejor amigo. La madre es reservada, una viuda agradable, una persona bondadosa y de aspecto amable, su cabello ya peina canas. Parece vivir sólo para sus hijos.

Sirven el café dentro y el cestillo de pan lo lleva una niña pequeña de ojos claros que mira valiente a la cara, que ríe y no se preocupa por disimular su risa. La reverencia es breve, un espasmo interrumpido, como ejecutado por obligación y entregado por compasión, pero que, al igual que las faldas cortas, no queda otra que padecerlo un tiempo. Dos trenzas negras le llegan por debajo de la cintura. Algún día serás un dolor de corazón para muchos, tan pronto como crezcas, pienso distraídamente.

Nos hacemos buenos amigos. Visito con frecuencia la casa, y su camino al colegio coincide con el mío a la universidad. La alcanzo o reduzco el paso cuando la veo doblar la esquina de la calle. Con frecuencia recibo, si no me percató de su presencia, una bola de nieve en la espalda. Y cuando me doy la vuelta para mirar, ya está formando, entre risas, otra pelota de nieve con sus manos amoratadas. Tiene la frescura de la mañana, el sombrero sobre una de las orejas y el manguito colgando de la cintura igual que la gorra de un cazador. A veces me la encuentro a las ocho, de regreso a casa tras una jarana que se ha prolongado toda la noche. No sospecha de dónde vengo, corre hasta mí y me empuja al pasar. Cuando al llegar a casa me desvisto, me lavo la suciedad nocturna y me recuesto en mi cama intacta, está por un instante delante de mí, igual que un pajarillo familiar, puro, que a veces se cruza volando en el camino.

Está visiblemente orgullosa de su caballero, un hombre adulto, que, con tanta frecuencia, la acompaña hasta la portilla de la escuela. Cuando nos encontramos de frente acostumbra a hacerme una reverencia, y yo me descubro la cabeza, como ante una jovencita mayor de edad. Y a veces viene hacia mí corriendo desde el enjambre de muchachas al otro lado de la calle y me lanza los libros para que se los lleve, para hacer alarde de nuestra amistad ante sus compañeras de clase. Cuando se le mete en

la cabeza puede decir: «¡Venga a nuestra casa, por favor!». Mi nombre está, por supuesto, en su libreta y al lado un poema, y creo que en aquella época fui su «ideal».

Me comprometo, y cuando los visito para presentar a mi prometida, no logramos que acuda al salón. La madre va a instarla pero ella se limita a responder: «¡No voy!», y dibuja imágenes en el vaho de la ventana. Cuando su madre trata de persuadirla de nuevo, vuelve a responder: «¡Que no voy!», y, a base de frotar, deja limpio el vidrio de la ventana. Veo la escena por la puerta entreabierta y oigo a la madre reprenderla: «Anna, deja de emborronar la ventana».

Mi prometida está sentada a la mesa de la salita y examina algunas fotografías. Siento un momentáneo declive de mis sentimientos. Vistos de frente, sus rasgos parecen gruesos y ordinarios.

Al día siguiente, entre risas, el hermano me refiere que mi prometida, que es maestra en la escuela femenina, era según Anna «fea» y «pretenciosa», y que nadie de su clase puede soportarla. «¡Hay que tener mal gusto...!».

Ella desaparece de mi vista y de mi mente varios años. Apruebo el examen, me mudo al campo y rara vez voy a Helsinki. No guardo de ella otra imagen de aquella época que la de una colegiala escuálida, en edad de crecer, de los cursos superiores de la Escuela Femenina Finlandesa. Es más tímida que antes y una vez, cuando su hermano le gasta una broma sobre un «corazoncito», se retira ofendida y no regresa.

El año pasado reapareció ante mí en su forma actual. Estaba hastiado de mi existencia y de vivir en el campo, en esas pequeñas ciudades en las que a menudo he ejercido de maestro. Mi compromiso hacía tiempo que se había roto, otro más también se había disuelto. Se me presenta la oportunidad de viajar al extranjero, y en primavera voy a Helsinki a aprender francés. Llego con esa rabia interior que nace en la soledad de la provincia, en los confines lejanos de las ciudades pequeñas, donde la fuerza de la vida parece malograrse y el espíritu se contrae y por eso sufre. Todos mis vínculos se habían quebrado, mis padres habían muerto y no me quedaban familiares que significaran algo. No tenía obligaciones hacia nadie y albergaba la intención de vivir plenamente, de disfrutar otra vez de la vida en el gran mundo tras varios años, antes de entregarme por completo a envejecer. Arribé a Helsinki con casi idénticos sentimientos que la primera vez, cuando era un joven bachiller.

Voy directamente a la vieja casa familiar y llamo. Una jovencita casi adulta acude a abrir la puerta. Aún tengo la sensación de que su rostro, sus ojos, su largo cabello, su pecho redondeado, su esbelta figura... que todo ello, en aquel abrir y cerrar de ojos, en aquella única apertura, se grabó en mi mente como en la placa de un fotógrafo.

—¡Oh, buenos días! —exclama y me tiende alegre su mano.

Estoy a punto de decir que ya es una joven hecha y derecha y que apenas la he reconocido. Pero algo, ¿qué?, me lo impide. Una vaga necesidad de convencerme a

mí mismo de que la diferencia de edad no es, después de todo, tan grande. Como mucho quince años, calculo al instante mientras la sigo hasta el salón.

Corre a llamar a su madre, se gira en la puerta y me dirige una mirada. Es como si esos gestos y movimientos se produjeran en mí, y mi sangre sacuden.

Me enamoro de ella al instante. Con el sentimiento tenaz de un hombre maduro que lo ha experimentado todo, quedo prendado de ella. En ella parece existir todo lo que antes, en vano, he buscado. Ni el menor de los rasgos, ni un movimiento, ni un timbre de voz que me disturbara o molestara. Antes, cuando estaba enamorado, experimentaba momentáneas flaquezas en mis sentimientos, un algo podrido. Podía encontrar defectos en las otras, juzgarlas fríamente, y siempre tenía la intuición de que mi amor era volátil... y al final volaba. Y siempre tenía claros los motivos por los que las amaba. Ahora no puedo encontrarlos. No puedo definir mi afecto. Simplemente, es como es. Ha penetrado en mi sangre al primer trago, como un vino poderoso, en cada glóbulo y vena, rejuveneciendo y brindando fuerza.

Me imagino lo mismo que hace años, la primera vez que me enamoré. Mi amor es igual de sensible y mi comportamiento igual de infantil. Busco constantemente la ocasión de encontrármela donde sea, invento cualquier propósito para visitar a la familia y, por la noche, antes de acostarme, paseo con frecuencia bajo su ventana. Descuido mis ocupaciones, no me preocupo por prepararme para el viaje ni siento ganas de aprender el idioma para el cual he venido en realidad. Mis sentimientos hacia la joven maestra son casi idénticos a los que tenía antaño en la escuela. Trato de zafarme con el menor esfuerzo posible.

Llega la primavera, el mar se abre y yo tendría que partir en los próximos barcos. A Lübeck. Lo pospongo para más adelante. En el sur hace demasiado calor, al inicio de la Exposición Universal de París hay demasiada gente, etc.

Paseamos a solas de vez en cuando, contemplamos desde la colina del Observatorio Astronómico el mar, que se divisa difusamente y destella; y el puerto, donde se deslizan barcos y ondean navíos de vela, y que flanquean edificios de un blanco brillante alrededor del mercado. Nos sentamos antes del almuerzo frente a Kappeli, la gente hormiguea en torno a la fuente ataviada con sus nuevas y coloridas ropas estivales. Niñas pequeñas venden flores recién cortadas y cada vez que estamos allí ella me permite que le ofrezca un ramillete de anémonas azules. Se lo coloca en el pecho, tantea su olor y las olvida al instante. Pero yo soy feliz y no puedo apartar mis ojos de las florecillas en el ojal de su pecho.

¡Si supiera si me ama o ya tiene tal vez a otro! Y de súbito me invade el miedo a marcharme de allí durante largo tiempo, a un lugar allende el horizonte, más allá de mares lejanos.

—A veces no siento deseo alguno de abandonar Finlandia —le digo en una ocasión.

Mas ella no percibe nada en mi voz y no advierte nada en mis ojos. Saluda a un bachiller alto y hermoso que pasa junto a la fuente. Se humedece los labios con el

vaso y dice muy despreocupada, siguiendo con los ojos al bachiller:

—¿Por qué no? ¿No sería divertido poder salir a ver el mundo...?

Sería una gran pretensión que ya hubiera alcanzado a enamorarse de mí, me consuelo. Pero la idea de que se quede aquí y de que tal vez esté prometida a mi regreso empieza a atormentarme cada vez más. Siento celos de todos, pues veo que ya empiezan a fijarse en ella. Con frecuencia, los transeúntes se giran para mirarla. Los caballeros de Helsinki han descubierto en ella a una nueva belleza en alza. Ella misma se ha percatado. A veces, la demasiado manifiesta admiración de un transeúnte sube un exquisito rubor a sus mejillas. Yo la examino de perfil, sigo cada movimiento y matiz en su rostro. Sin más motivo comienza de pronto a charlar alegre y animosa, lo que parece afectado y no me agrada. O se muestra distraída, me trata con altanería, como irritándome.

Camino una semana en el incesante propósito de confesar mis sentimientos. Pero lo aplazo de un día para otro y el primer domingo de junio ya se preparan para marchar al campo.

La estación de ferrocarril es un hervidero de colegiales, su hermano y ella avanzan presurosos. Más atrás, me abro paso con la madre a través de la muchedumbre, llevando al vagón su equipaje. Avisan por tercera vez y aún no he podido despedirme definitivamente, cuando espero poder con la mirada y el apretón de manos dar algún indicio de mis sentimientos. De la madre consigo despedirme entre prisas y ella me desea conmovida un buen viaje. Pero Anna ya está de pie en la ventana del vagón, a su alrededor un grupo de buenos amigos a los que no puedo apartar. Además, no parece que repare en mí. Ha olvidado que voy a emprender un viaje tan largo. Sólo cuando el tren se pone en movimiento y yo, desconsolado, sigo su marcha cada vez más acelerada, repara ella en mí, asiente con la cabeza alegre y satisfecha y se retira al vagón.

¡Qué domingo en la acalorada ciudad, ya casi vacía! Cómo aborrezco ahora Esplanadi, lleno de oficiales artesanos, guardias y sirvientas. Y cuánto me irrita el sempiterno resonar de cornetas frente a Kappeli, por donde resulta imposible pasar.

Vago por Eteläsatama, el puerto, y acabo en la punta de Katajanokka. Allí me siento largo rato a contemplar el mar, y los barcos de vela que dibujan en su superficie, por algún motivo, me entristecen aún más. Y cuando un vapor repleto de excursionistas de recreo se aleja hacia alta mar con sus banderas ondeando, ya no resisto estar allí por más tiempo y regreso a la ciudad.

Se me pasa por la cabeza la idea de ir a su casa. Simulo tener un asunto pendiente y con esa excusa consigo las llaves del propietario del edificio. Las ventanas de las habitaciones están enjalbegadas, los cuadros, los espejos y las arañas de cristal envueltos en velos blancos. Del gancho del vestíbulo cuelga un sombrero olvidado y en el alféizar de la ventana hay un viejo guante estropeado. El piano está cerrado. Lo rozo y gime como un durmiente a quien se perturba de su sueño. Me dirijo con el pecho tembloroso a su dormitorio. La cama está vacía, en la estufa hay papeles y una

caja de cartón sin nada. Sobre el tocador hay un peine y, enredados en él, algunos cabellos. Me los quedo... Me digo que todo esto es insensato y ridículo. El mundo entero se mofaría de mí si supiera que estoy aquí. ¡Pero que lo haga! Sólo sé que la amo, la amo irracionalmente, desesperadamente.

Me tumbo largo rato en el sofá del salón. De vez en cuando, circulan coches de caballos por la calle y la habitación entera tiembla. Luego no se oye ni un susurro, sólo el zumbido de las moscas.

No me ama, le resulto por completo indiferente. No se acordó siquiera de decirme adiós. Aunque estoy seguro de ello, albergo, sin embargo, esperanza. Y trato de consolarme con que no le he expresado aún nada y que, por tanto, desconoce mis sentimientos. ¿Y si los conociera? ¿Y si le escribiera...? Y allí recostado empiezo a pensar en una carta. Le expondré mis sentimientos, la fundiré con las palabras, le abriré las profundidades de mi corazón y tal vez se compadezca y me dé, al menos, esperanza.

Al cabo de tres días tengo la carta preparada, pero no consigo enviarla. No me atrevo a jugármelo todo. Y, así, en su lugar escribo a su hermano y le anuncio que he decidido no partir al extranjero hasta otoño. Y, como había esperado, me invita a su casa al campo.

Reclinado en un cómodo banco de segunda clase, observo por la ventanilla abierta del vagón tierras verdeantes, abedules hojosos, aradores en los campos y estaciones de ferrocarril, limpias para la fiesta del verano. Han pintado y reparado algunas de ellas, y al pasar se siente el olor a óleo y asfalto. Al detenernos llega del bosque el trino siempre cambiante del pinzón y, más lejos, hace cucú el cuclillo.

Ya no queda ni una pizca de pena y desesperación. Estoy seguro de que llegará a amarme. En mi interior noto una fuerza que será incapaz de resistir. «Con la fuerza de mi espíritu», me repito en mis pensamientos. Y al mismo tiempo, sin embargo, puedo tranquilamente hacerme a la idea de que no me ama. La calma que de ello nace aumenta mi seguridad y refuerza mis esperanzas de éxito. Ante todo he de ser frío y luchar contra mi desmedido sentimentalismo. Me he puesto el traje de verano nuevo, que parece hacer más garboso hasta mi corto y grueso cuerpo.

A pesar de todo, tiemblo de inquietud cuando por la tarde comienza a aproximarse la esperada estación. En el momento en que el tren anuncia a gritos la parada, me sobresalto. He teleografiado sobre mi llegada y me están esperando en la estación, los tres. Soy un tanto torpe con mi equipaje de mano. El hermano pregunta por noticias de París, y en mi embarazo no puedo más que reír.

Anna está aún más hermosa con su liviano vestido estival. Va sin sombrero, sólo una sombrilla la protege del sol. Ella y su hermano comienzan a caminar delante, yo voy detrás con la madre. Espero que en el paso a nivel nos aguarden. Pero ella se limita a apartar la barrera para que se mantenga abierta y ni siquiera mira hacia atrás.

—Vivimos aquí completamente solos, casi en un desierto—dice la madre—. Es divertido que hayas venido. Todos nos alegramos cuando recibimos tu telegrama.

Que se alegraran *todos*, me devuelve el buen humor. Junto a la segunda barrera, Anna se gira y pregunta a gritos a su madre por las llaves de la caja de té.

—¡Tendrían que estar en la mesa del cuarto! —grito como respuesta de parte de su madre.

Y esto me reconforta. Que se adelantara no responde, pues, a ninguna expresión de su humor, como ya había temido. Se adelanta sólo porque quiere apurarse para preparar el té.

Nos sentamos largo rato a la mesa de la cena. Ella trajina como anfitriona y únicamente se sienta mientras tomamos el té, frente a mí. Acodada sobre la mesa y con las mejillas apoyadas en los puños, me escucha, aunque cada vez que se mueve lo más mínimo temo que vaya a marcharse. Hablo, estoy de buen humor y describo con acierto, en mi opinión, Helsinki en verano, mi antigua vida en el campo y la existencia ridícula en las ciudades pequeñas. Consigo llevarla a ella también al mismo estado de ánimo y me da la impresión de que me observa con un brillo extraño, curioso en los ojos.

—Sabe describirlo —dice ella—. Será divertido escucharle cuando vuelva y hable del extranjero.

¡Cuán infinitamente te amo! Cuando vuelva, te construiré un pequeño y alegre hogar. ¡Cuán contenta y dichosa te sentirás! Ni tú podrás evitar amarme. No podrás obtener un hogar mejor de nadie, en ningún sitio. Te hechizaré con el calor del entorno, con la ternura de mi naturaleza bondadosa, con comodidad y bienestar.

Y no desearía ni rozarla. Nada más que besar su frente. El sentimiento con el que la amo es el ideal más puro y habita únicamente en el pecho.

Y mientras velo en la luminosa noche estival en el cuarto del ático que me han asignado, me convengo de que esta hermosa sensación, este amor casi espiritual, es lo que me da derecho a tenerla. Yo, que no creo en nada, soy supersticioso en este punto. Y me someto a mí mismo a la prueba de serle fiel a partir de ese día, en el extranjero, en París, en todas partes. Después de esta decisión, me siento inocente y puro, y podría asegurar con la conciencia tranquila que lo soy verdaderamente. Vivir con pureza será para mí en lo sucesivo una exigencia moral, aunque antes me habría encogido de hombros ante algo semejante.

En el transcurso del verano, me arrullo en el sueño de que ella es en verdad ya mía, de que me ama, y de que simplemente no hablamos de ello, aunque ambos lo sabemos. No comprendo que el motivo no sea otro que el entorno. El hermano está un poco letárgico, prefiere pasar los días tumbado en la hamaca del jardín y leer novelas. La madre anda siempre trajinando en la casa. Y de ese modo, quedo yo como único compinche de Anna, con el que ha de conformarse a falta de otra compañía.

Me quedo con ellos todo el verano. Ya no pienso en mi viaje, no pienso en nada más que en ese presente en el que vivo y donde tengo todo lo que deseo.

¡Qué días tan felices! ¡Qué sueño en la realidad! Y cada noche en mi cuarto repaso los sucesos de la jornada. Es, a grandes rasgos, lo mismo casi cada día, sólo varían los matices.

Por la mañana tengo prisa por bajar del ático. Los demás aún suelen dormir cuando bajo por las escaleras al zaguán, paso junto a su puerta y aguzo el oído. No se oye ni un crujido. Abro la puerta que da al exterior y el brillo del sol ya se desborda ante mí. La veranda aún está húmeda en las zonas en sombra y en el jardín centellea el rocío. Me acomodo en un rincón, de espaldas al sol, que aún no quema, sólo calienta. Tengo un libro, pero no lo leo. Allí está la ventana de su cuarto. No hay más que una cortina. Se vislumbra una silla y en el respaldo, el corpiño de su vestido. No deseo mirar, pero así y todo lo veo. Otra cortina oculta su cama. Creo verla dormir, con el cabello disperso, una mano bajo la cabeza y la otra colgando distendida sobre el borde de la cama, los dedos casi rozan la alfombra.

Camino hasta la orilla. El vasto horizonte del lago está aún como un espejo. Las tablas del embarcadero chapotean contra el agua bajo mis pies. Un cardume de peces huye al borde del calado, pero, curioso, regresa pronto. El velero que he reparado no se ha movido ni un milímetro desde ayer. Dentro están preparados las cañas y los cebos artificiales. Al otro lado de la ensenada está la estación de ferrocarril. La blanca barca del jefe de estación resplandece bajo el sol. Un tren de mercancías espera. Seguramente lleva detenido ya una hora. Una espiral de humo asciende por la chimenea de la locomotora, tranquila y con calma. No tiene prisa. Tampoco ella tiene prisa en el corazón del extenso bosque. Por fin silba, resuena en las orillas del lago, y el tren emprende la marcha resollando con pesadez. Mientras asciendo al jardín, aún oigo durante un buen rato el traqueteo de las ruedas, que cada vez se torna más débil.

Ella no se ha levantado aún. Descanso al menos una hora en un rincón de la veranda, en el mismo lugar que antes. Hago como si leyese, pero no sé lo que leo... Que duerma, no tengo prisa; será mía todo el día, hoy igual que ayer.

Por fin se oye movimiento en su dormitorio, pasos en calcetines. En la ventana aparece algo blanco que se retira de súbito. Un brazo desnudo se extiende hacia el corpiño del vestido sobre la silla y la cortina desciende.

Paso una difícil, larga, insegura eternidad de media hora. Si cree que me he colocado aquí para observar... No me calmo hasta que escucho primero un canturreo y luego una canción clara. Me levanto a caminar de un lado a otro de la veranda. Se oye su puerta y aparece despierta como un gorrión. Sus mejillas están sonrosadas como las de un niño pequeño que acaba de levantarse de la cuna.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días!

Coloca la cafetera en la mesa de la veranda, no tenemos paciencia para esperar a los demás y tomamos café a solas. Ella es mi joven, mi pequeña esposa, ya tenemos un hogar propio, vivimos aquí, lejos de los demás, contentos y felices. ¡Cómo me complacería hacérselo notar, dar siquiera un sutil indicio de mis pensamientos! Pero

temo que si escucha el más mínimo crujido, el tímido cervatillo huya y se desvanezca. En presencia de otros me atrevo a hablar de amor y sentimientos. Los dos a solas no tocamos más que temas corrientes.

Charlamos del programa del día.

Primero hay que sacar las redes que la noche anterior hemos calado. Empujo la barca desde donde está varada y ella ayuda con los remos. Quiere colocarse a los remos y yo hago de timonel, por riberas de juncales serpenteamos en la mañana serena, y el chapoteo de los remos se oye lúcido y límpido. El agua emite destellos de luz en la hoja del remo y cae en gotitas sobre la superficie cristalina en cuanto ella cesa de remar y dice algo. La conversación versa sobre pesca, sobre dónde se lanzarán mañana las trampas. Hemos aprendido pronto a conocer las isletas de peces y frezaderos. Echamos las redes al tuntún. Ella está muy entusiasmada y resplandece de alegría al ver en el temblor del cordón de la red la señal de la ascensión de un pez grande. Y se muestra sinceramente enojada si, a punto de entrar en la barca, el pez se suelta de un coletazo y se zambulle en las profundidades. Me reprende y dice «es que tú» y «menudo». ¡Pero eso me alegra! Así se me muestra más cercana, más familiar... ¡Qué ocupada está cuando se extienden las redes y se reserva el derecho a sacar la presa y deshacer los nudos! Yo no puedo ni rozarlas, desea hacerlo ella y allí se entretiene, las mangas remangadas hasta el codo, la falda levantada y los dedos tan repletos de escamas que no puede apartarse un cabello de la frente sino que tiene que acomodárselo con el dorso de la mano detrás de la oreja. Yo estoy de pie a más distancia, fumo un cigarrillo y digo casi cada vez: «Bueno, estamos entre los mejores pescadores del mundo», que se ha convertido en una broma habitual. Por la tarde solemos navegar. Al principio el hermano nos acompañaba, pero no tuvo ganas de hacerlo mucho tiempo. Anna, no obstante, pregunta por guardar las formas:

—¿No vienes a navegar?

—No tengo tiempo.

—¡No tienes tiempo! ¿Se puede preguntar qué tarea requiere tu tiempo?

—Estoy leyendo, como ves.

—Enséñame, ¿qué libro es? *Oblómov*.

—Tú no lo entiendes, pero es la psicología más exquisita que jamás he leído.

—Lo sé... y tú mismo eres un *Oblómov*.

—Tal vez estés más en lo cierto de lo que crees.

—Pero nosotros vamos a navegar, ¡nosotros! ¡Menos mal que no todos son tan holgazanes como tú!

A esa clase de muestras de favor triviales, normales, les concedo siempre una especial importancia y trato de explicarlas en mi provecho.

Llevo el timón y ella se ocupa de la escota. Se sienta cerca de mí en el armazón de popa y obedece con precisión mis órdenes, que siempre imparto con voz oficial, autoritaria. Se ha puesto un holgado traje náutico azul y en la cabeza lleva una gorra redonda de marinero cuyas cintas de seda flamean rectas al viento. Contra la blanca

vela de proa en la que el sol incide deslumbrante, se recorta el cabello moreno y ese fino perfil puro que no me canso de mirar.

El viento sopla furioso. Ella no amarra el cabo a la armella, sino que lo sostiene en la mano, preparada para aflojar en caso de vendaval. Tira con las manos y hace fuerza apoyando los pies en el fondo del velero. Se reclina hacia atrás para equilibrar el barco escorado. El talle es muy fuerte sin corpiño, los brazos son nervudos y el empeine alto. Me inclino hacia delante, una mano en el timón y otra en el cabo de la vela de popa, y oteo por detrás de su nuca y por debajo de la cuerda de la vela en dirección a la marcha. Las olas espuman una tras otra, el velero se eleva y desciende, y Anna en su sitio, la vela y la parte delantera del navío se unen formando un todo, un ser que yo dirijo y llevo hacia lago abierto, hacia algún retirado islote rocoso o hacia alguna baliza blanca brillante, en el extremo de un largo cabo distante. A veces, contra la proa rompe una gran ola y salpica hasta la popa. Ella recibe la llovizna en su rostro y hombros. Chilla y ríe a la vez, pero no varía su posición ni se seca las gotas de sus mejillas.

Cuando desciende el sol, amaina el viento, y con una suave brisa de costado navegamos poco a poco de regreso al hogar. La escota de foque puede estar ahora amarrada, y ligera, flexible, como engrasada, la roda del barco divide el agua, sin levantar olas. Ella se ha acercado a la proa, a los pies del mástil, está de espaldas a mí y mira de frente, recorriendo la superficie del lago, rasando a veces el agua con su mano. Canturrea, parece sumida en sus pensamientos, como si estuviese sola... ¡Ojalá supiera lo que está pensando, ojalá pudiera adivinar qué piensa de mí! En nuestras excursiones comunes no se ha descubierto acaso pensando ni una sola vez, si tal vez me ama y yo a ella... Pero yo no lo he percibido en ningún momento en su mirada, no puedo interpretar en mi provecho uno sólo de sus movimientos, uno sólo de los matices de su voz.

Me vuelvo melancólico y triste y no puedo dejar de hacer alusiones a mi partida:

—¿Dónde estaré el próximo verano por estas fechas? ¿Cómo estaréis cuando regrese?

A lo que ella sólo replica:

—Sí, es cierto, pronto te vas de viaje. ¿Cuánto tiempo tenías previsto quedarte?

—Dos años por lo menos.

—Dos años por lo menos, claro.

Eso y nada más. Ninguna alteración en su voz, como si se tratara de ir un par de días al pueblo.

Esos momentos vespertinos cuando el viento sigue amainando, cuando la vela ya no se infla y el velero apenas avanza, pueden ser para mí muy dolorosos. Ya no hay nada de qué hablar, ella parece aburrirse, siente deseos de llegar a tierra, aunque no lo dice. En cierto modo, es culpa mía, la mantengo como en una jaula y eso me atormenta enormemente. Pero me esfuerzo por conservar en mi rostro un aspecto alegre, como si no me percatara, como si no existiera prisa para ir a ningún sitio. Y

cuando las velas languidecen y se acomodan a lo largo del velero, tomo el remo y cío hacia la orilla mientras ella lleva el timón.

Cuando no estamos en el agua, por lo general nos sentamos con los demás en la veranda. Igual que todos los hombres de edad enamorados, trato de mostrarme galante y me apresuro a hacerle los más ínfimos servicios. Ella se acostumbra a que siempre la ayude a incorporarse, a que siempre me ocupe de su ropa y paraguas y chanclos. Me convierto en algo así como su escudero, un escudero a quien su señor puede ordenar que vaya adonde sea sin dar las gracias. Una vez, nos sentamos después de comer al aire libre. Las damas cosen, el hermano ha sacado la mecedora del salón y yo observo la diestra marcha de su mano cuando Anna cose. Ella busca sus tijeras.

—Yo te las traigo si alguien me dice dónde están.

—Están en la mesa de mi cuarto.

Me levanto a buscarlas. Pero entonces la madre dice:

—Eres demasiado exigente, Anna, dejas que te sirvan demasiado, y tú eres mucho más joven.

A lo que el hermano añade:

—En tu lugar no me molestaría en ser tan cortés... Anna, ve a buscar tus tijeras.

—Sí, voy —dice ella, y pasa a mi lado apresurada, algo ofendida, a pesar de mi objeción.

El incidente me produce suma incomodidad, pues ya sufro por que la diferencia de edad entre nosotros sea tan grande.

Aunque he ido allí precisamente con el propósito de confesar mis sentimientos, transcurre el verano y sigo sopesando qué sería lo mejor. Estoy tan inseguro a finales de verano como al principio.

Un domingo de agosto, poco antes de nuestra partida a la ciudad, es uno de los días más felices; me brinda una pizca de esperanza.

En la parroquia vecina hay una fiesta popular y vamos allí solos, Anna y yo. Los demás no tienen interés. Nos subimos a un pequeño barco de vapor en nuestra ribera y la madre y el hermano se quedan en la orilla. Permanecemos de pie en la cubierta, en el brazo sostengo su impermeable, me siento como si los dejáramos para marchar juntos, cual recién casados. Creo una realidad a partir de mis propios deseos. Ella agita una sombrilla roja, es mi joven esposa. Las bodas acaban de celebrarse y abandonamos nuestra casa natal para nuestro primer viaje.

El día es claro y hermoso, sopla un cálido viento del sur. El vapor está abarrotado de gente desconocida y todo el tiempo estamos sentados juntos. Contrariamente a lo habitual, no nos falta tema de conversación, pues criticamos a la gente, y entre nosotros nos burlamos de la banda que nos acompaña, cuyos instrumentos de viento sacan sonidos erróneos. Nos observan a distancia, se nos nota gente de la ciudad, pero los caballeros y las damiselas tratan de mostrarse discretos e indiferentes. Sentimos que estamos un poco por encima de los demás y eso aumenta nuestra altanería y

seguridad. Despreocupadamente, tal vez incluso intencionalmente despreocupados, charlando como si no existieran los demás, bajamos a tierra, al muelle de la casa parroquial, que está rebosante de gorras blancas y doncellas ataviadas con el traje nacional. Le brindo a Anna mi mano, ella salta con agilidad del barco y un grupo de curiosos cuchichea y nos abre paso. Comparado con los demás, su vestido es de extraordinario buen gusto y elegante, sus modales solemnes y su caminar liviano. Yo también disfruto ahora de esa atención que ella parece despertar. Por la orilla del lago viene hacia nosotros un caballero vestido de un modo anodino, probablemente un maestro de escuela. Al ver a Anna, parece haber descubierto un fenómeno venido de otro mundo. Se queda aturdido de admiración, se detiene, se aparta al borde del camino y a punto está de caerse en la cuneta.

De nuestro paseo desde la verja de la casa parroquial al campo de la fiesta guardo la siguiente imagen en mi mente: caminamos uno al lado del otro. Sopla vivaz el viento de cara, ella inclina su cuerpo ligeramente hacia delante, se protege los ojos con la sombrilla y con otra mano sujeta el ala del sombrero. En el pecho lleva una flor que hace un instante he cortado al borde del camino, la falda del vestido ondea y el viento la aprieta contra las rodillas. Mi corazón se estremece, desearía poseerla por completo, pero al mismo tiempo siento un dolor en el pecho, pues no es mía, y ni sé si me ama. Dentro de una semana he de dejarla y quién sabe dónde y lo cerca que está aquel que habrá de arrebatármela.

Al llegar a la fiesta nos entregamos de nuevo a criticar a nuestro alrededor. A duras penas podemos reprimir reírnos en alto del orador, que es el anterior maestro de escuela y explica con fingida grandilocuencia de seminario las nociones elementales de patria y pueblo, y que para terminar exhorta a comportarse con decencia en la fiesta y regresar a su término obedientemente a casa. Un joven bachiller está de pie a nuestro lado, escucha nuestras críticas y nos mira a nosotros y al orador significativamente, cómplice, señalando con ello que no es como los demás, que también él opina lo mismo y comprende la comicidad. Nos produce sincera alegría la canción que dirige la maestra de la aldea, nariz respingona, cabello corto, de blanco de arriba abajo, una gran flor amarilla en el sombrero. Anna la bautiza como «la princesa». Y después me arrastra a verla bailar. No tiene parangón. Mantiene la cabeza empalagosamente ladeada, da saltitos como una efímera y reluce de contento y de calor. Antes no hubiese tenido corazón para reírme de ella, pero ahora trato de hallar nuevas hilaridades en toda esta gente.

Ni un instante nos separamos el uno del otro. Vagamos juntos por el campo de la fiesta, nos compramos el uno al otro papeletas de rifa para probar suerte, igual que cuando lanzamos las redes. Sentimos en el aire que somos los héroes del día y que todos albergan curiosidad por saber quiénes somos. A mí me da la impresión —y eso me agrada— de que la gente nos toma por novios.

Nos sentamos en un balancín. Anna tiene una bolsita de dulces que le he comprado. Una niña pequeña está de pie ante nosotros, agarrada a la falda de su

madre. Ambas nos observan sin ocultarlo, siguen nuestras manos acercarse a la boca.

—Ven, niña, que te damos dulces.

La madre empuja a la pequeña hacia nosotros y le ordena que nos dé la mano.

—¿Cómo te llamas?

—Ka, dilo, di tu nombre, que te dan golosinas.

—Kaisa.

—¡Ka, sácate el dedo de la boca!

Kaisa recibe un puñado de dulces.

—Ka, ¿es que no sabes ni dar las gracias? Mira que eres...

Y la madre se gira para dar ella misma las gracias a Anna.

—Muchas gracias a la señorita, ¿o quizá es usted la señora de este caballero?

Siento que me ruborizo y desconcierto, pero Anna ríe con dulzura, igual que de algo insólitamente absurdo e imposible. También yo trato de reír, pero es afectado y forzado.

No emprendemos el viaje de regreso hasta bien entrada la tarde. El salón del barco está repleto de caballeros bebiendo y el aire es sofocante, lleno de humo. Hace ya un poco de frío, Anna se envuelve en su cálido chal de lana y buscamos un lugar en cubierta cerca de la trampilla del motor, por la que asciende un calor que nos caldea las piernas. Por allí vemos los espectros rojos del maquinista y del fogonero cada vez que abren el horno. El viaje dura varias horas. Anna se cansa y empieza a sentir sueño. Ahora nos sentamos sin pronunciar palabra, cerca el uno del otro debido a la multitud. Siento su cabeza inclinarse hacia mi hombro. No distingo bien sus rasgos. Sólo entonces, cuando la chimenea arroja un raudal de chispas al otro lado del barco, bajo su luz veo que ella ha cerrado los ojos. De vez en cuando los abre y son grandes y profundos.

El horizonte comienza a enrojecer y los destellos clarean. El pálido cuarto argénteo de la luna se refleja en el agua serena por el cielo de poniente. Las aguas se estrechan y altas orillas escarpadas se alzan a ambos lados, de tamaño casi antinatural bajo esa luna enigmática y la iluminación confusa del día que apunta a lo lejos. No me atrevo a moverme un palmo, temo molestarla. Ahora estoy casi seguro de que me ama. No sé sacar la conclusión de que si de verdad me amase, no dormiría tan plácida sobre mi pecho.

Sólo cuando el barco proclama su llegada a la orilla del hogar, ella se despierta, se aparta de mí y se enrolla el chal con más firmeza sobre los hombros, que sacude en el frío de la mañana. Está de mal humor, salta del barco a tierra sola, sin aceptar mi ayuda, y se dirige al patio sin esperarme.

La madre aún vela y tiene café caliente preparado. Yo deseo que nos sentemos a charlar de la fiesta, deseo que ella comience a contar cómo *nos* divertimos, cómo nadie *nos* conocía y cómo los examinamos y observamos a todos. Pero ya parece haberlo olvidado.

—Bien, ¿os habéis divertido? —pregunta la madre.

—Sí, bueno —responde ella.

Y bostezando, sin mirarme, se dirige a su cuarto musitando somnolienta: «Buenas noches».

En mi cama en la buhardilla, justo sobre su dormitorio, no logro conciliar el sueño por largo rato. El sol ya ha salido y sus rayos penetran por la ventana abierta. Se oye remar en el lago, y en la pradera afilan la hoz. Del patio llega el sonido de pasos en la gravilla y en la cocina se oye la puerta. Los gorriones comienzan a causar alboroto en el alero, en el tejado donde incide el sol.

No sucederá nada. No me ama. No soy nada para ella. Su amistad de ayer fue pasajera. Soy infantil por darle importancia a algo así. Y decido partir al día siguiente.

Pero cuando por la mañana comienzo a preparar la maleta, ella vuelve a mostrarse amable. Viene a la buhardilla y comienza a ayudarme. En mí se despierta de nuevo la esperanza. Le digo que la amo. Echa a correr, huye de mi vista. Y eso ha sido todo.

No me ama. Me ha considerado un buen amigo, un hermano mayor, casi un tío.

¡Cuánto tenía que irritarle mi presencia! Pues no tuve la sensatez de viajar por separado. Me subí al mismo tren que ella y me senté en el mismo vagón. Y además traté de acomodarme enfrente. Y no pude dejar de mirarla continuamente. Ella no sabía dónde posar los ojos. Trató de leer, trató de mirar por la ventanilla. Al final salió del vagón y se quedó en el andén en varias estaciones, hasta que la madre la trajo de vuelta.

¡Cuán desagradable hube de resultarle! ¿Tal vez me aborrece, a un viejo necio?

—¿Qué hora es?

«¡Estamos cerrando!», me dice la voz del camarero al oído. Me despierto de los recuerdos. He bebido el grog hasta el fondo sin darme cuenta. He visto las llamas de gas apagarse una tras otra. Me acuerdo vagamente de que los huéspedes de aquel gabinete del fondo han cruzado el salón hasta el vestíbulo. El pequeño caballero calvo todavía se sentó un rato largo ahí, delante de mí, con su botella por la mitad. Uno de los cancilleres del Senado se estiró el chaleco al salir y se arregló el cuello de la camisa.

El camarero está de pie a mi lado, con el trapo de limpiar bajo el brazo, y comienza a retirar los vasos. Estoy completamente solo en la gran sala. Una única llama de gas arde aún sobre mi cabeza, reflejándose en el espejo lejano al otro lado del salón, donde ya está oscuro. De las mesas se han retirado ya los manteles y una desnuda tabla sin pintar es lo único que queda de la mesa de aquavit.

Me incorporo y me dirijo al vestíbulo donde titila aún una candela aguardando mi marcha. Me ayudan con el abrigo. Tomo mi sombrero y me cepillo el pelo ante el

espejo. Incluso en esa semipenumbra veo que mi cabello comienza a caer. Pronto seré calvo. ¡Qué amarillo y exánime y lánguido está mi rostro, qué arrugas profundas ya en la frente!

¿Qué le importo a ella? Siento que sería feliz si al menos pensara en mí con piedad, con compasión.

Todo el gran hotel duerme como una montaña desierta. No se oye ni un crujido de sus muchas cuevas. En la pared del pasillo hay una mano negra pintada y debajo en gruesas letras: COMEDOR.

Así que ahora me voy, así que ahora me voy al extranjero, a París. Me lo había imaginado de un modo diferente, pero la vida debe de ser en la realidad siempre así, pienso mientras camino a lo largo del muro de piedra de Grönqvist. En la esquina con Edlund, veo la esfera iluminada de la iglesia Nikolai, que marca las dos.

Pienso en no acostarme esta noche. En vagar por Katajanokka o subir a la colina del observatorio. Pero cuando me veo atravesando la plaza del mercado del puerto, no me apetece cambiar la dirección y paso junto al monumento a la emperatriz, bajo el palacio, donde hay una informe masa negra y altos mástiles emergen hacia el cielo. Al otro lado del puerto se refleja una fila de farolas en el agua en calma. El vapor burbujea entre el puente y la borda. Me tropiezo al pasar junto al vigilante, bajo la cubierta, donde tengo un camarote propio en la popa del barco.

—¡Ay, qué dura es la vida!

III

A la mañana siguiente, me encuentro a mí mismo en la acera de asfalto, detrás de Kappeli, subiendo Esplanadi. He preguntado al capitán cuándo zarpa el barco y ha respondido encogiéndose de hombros, después de gritar algo a sus hombres: «A eso de las nueve».

Son las siete y media. Camino junto a la estatua de Runeberg, giro en Erottaja y sigo el mismo camino por la calle Bulevardi, por la que anoche paseé. En la imprenta del periódico *Hufvudstadsbladet* están en marcha las rotativas y revolotean trocitos de papel. Una fila de colegialas camina delante de mí y dobla en la esquina de la Escuela Femenina Finlandesa.

Me pregunto qué demonios hago yo allí. Y tengo que reconocer que quiero pasar una vez más bajo su ventana. Me digo que estoy loco. Pero al mismo tiempo otra voz dice: «Guarda silencio... ¡qué más da si estás loco!».

Las tiendas ya están abiertas. Un carro de mercancías marcha delante de mí. Cada vez que las grandes y pesadas ruedas pasan de un guijarro del empedrado a otro me estremezco. He dormido mal, estoy completamente agotado y las piernas se arrastran tras de mí. El cálido sol me abrasa de tal modo la cara que la siento cansada, flácida y entumecida.

Giro en la esquina de la Fredrinkinkatu y allí está su ventana, a sólo unos pasos. Aún está echada la cortina clara y detrás se ven flores. Aún duerme, así que no van al puerto. Sin duda, lo hubieran dicho la víspera, si ésa hubiese sido su intención. Y de pronto se me revela por qué el ambiente era ayer tan grave. La madre estaba más tensa y el hermano más distraído de lo habitual. Naturalmente, Anna no se ha resistido a contar que le han propuesto matrimonio.

Justo cuando estoy bajo su ventana al otro lado de la calle, se abre la puerta del balcón. Me sobresalto, me asusto, como si me hubiesen descubierto cometiendo una fechoría. Y me apresuro hacia delante sin mirar a los lados. Sólo alcanzo a ver que se asoma una mujer. Hasta llegar a la esquina de la calle no acumulo el valor para girar la cabeza. Veo que la criada está sacudiendo unas alfombras.

Por vez primera mi situación parece risible. Resulto irremisiblemente cómico. ¡Un viejo, igual que un colegial! Y me repito a mí mismo con desdén, varias veces, con un gesto de mano: «¡No, esto es demasiado ridículo, esto es demasiado ridículo!».

Y, atravesando la plaza Kasarmintori, donde realiza ejercicios una compañía de guardias e hincha el pecho un joven oficial —me parece «un bufón estúpido»—, me apresuro por el camino más recto al vapor.

Mientras observo desde la cubierta del barco los preparativos para zarpar, el puerto y su agitación, me siento de pronto como si me hubiese curado y liberado de todo. Para gran asombro mío, soy capaz de otear tranquilo a mi alrededor, casi alegre. El paisaje está limpio como tras la lluvia y yo mismo transfigurado.

El barco ya se muestra inquieto ante su marcha. Engulle los últimos pedazos de su carga. Los estibadores, gritando mecánicamente, arrastran los bultos atrasados a la cubierta de proa, desde donde una palanca chirriante los sumerge en la oscura bodega. Negro humo de hulla brota de la robusta chimenea formando una gruesa nube que, al situarse de cuando en cuando delante del sol, dibuja una sombra extraña, amarilla, en la pasarela y la gente allí atareada.

No sopla viento alguno en el puerto, pero sobre el estrecho de Blekholmen se ven pequeñas ondas que bajo el sol centellean en la superficie del mar infinito. A veces, una fortuita brisa trae el aroma salado del mar abierto. El aire es cálido. El brillo del sol se derrama a raudales y las fachadas de piedra, blancas como telas de lino, de las casas de alrededor y de la torre de la iglesia Nikolai, que asciende a las alturas y corona los edificios que quedan debajo, deslumbran.

Por la plaza del mercado pululan compradores y vendedores. Tras ellos, visible desde aquí por encima de las cabezas, retumba un ómnibus rojo y hace sonar repetidas veces la campanilla. Al fondo se divisa el frondoso verdor de Kappeli-Esplanadi y la alta casa Grönqvist, en cuyo tejado ondea una perezosa bandera. Atraviesa la plaza y desentona la armonía una fila de nuevas columnas blancas sobre cuya cúspide corre un grueso cable eléctrico, desde Seurahuone hasta el mercado cubierto del puerto.

Quiero llevarme de recuerdo de mi patria esa imagen luminosa. La obligo a imprimirse en mi mente, miro varias veces los mismos rasgos más destacados. No deseo recordar más que esto. El resto, que desaparezca detrás, que quede cubierto bajo sus intensos colores.

El barco se aparta lentamente del muelle. Con rigidez maniobra el pesado armazón su proa con ayuda de cabos y velas rumbo al mar. Las miradas de quienes quedan y quienes marchan aún se tocan, se buscan y encuentran, se pierden y vuelven a unirse. Luego, sus siluetas parecen evaporarse, conforme avanza el barco, se escurren unas de otras y no se hallan ya puntos de unión. Los pañuelos comienzan a ondear, inflamándose cual antorchas para llamear como un último adiós.

Un fino rostro, un perfil puro y el ondulado mechón junto a la oreja aparecen, de pronto, ante mí. Siento deseos de buscarlos entre ese gentío que despide el barco, aunque bien sé que no están allí. Pero recorro el paisaje delante de los ojos y no *quiero* ver más que el puerto, los edificios y el cielo despejado.

Los veo, y los veleros y los yates pavoneándose trazan un arco en la superficie del agua. Mofándose, lanzan un chillido los pequeños barcos de vapor del puerto, revolotean delante de la proa, como moscas alrededor del hocico de un toro de torpes movimientos.

El toro resopla por los ollares, aumenta la velocidad y dirige su rumbo hacia el estrecho de Viapori. Las ventanas solitarias en los edificios de la orilla desaparecen y se funden en tres líneas superpuestas. El murmullo de la ciudad cesa y el martilleo delicadamente intenso, profundo, de la máquina atraviesa por vez primera mis oídos. A toda velocidad dejamos atrás las defensas de Viapori, desde donde clavan fijamente la vista aspilleras huecas, negras.

Estamos en alta mar. Camino por la cubierta de acá para allá en la suave brisa. Helsinki desaparece más y más. Mi tierra se acurruca en el mar. La costa de Finlandia es una hermosa franja de tierra que se esfuma convirtiéndose en una nube marrón. No tengo ahora más que el cielo azul y un mar aún más azul. Aquí y allá, lejos, al final de los campos de Ahti, brilla algún velero isleño de blanco resplandeciente y me fijo y pienso largo rato que se afana hacia Helsinki. Delante de la proa se refleja el sol en el agua. Las ondas quebrantan la luz y la descomponen en fragmentos de los que se forma una ancha vía de deslumbrante fulgor.

Busco siempre algo nuevo que observar a mi alrededor. Me aferro a las imágenes que se presentan en mi camino y las corro como si fuesen cortinas delante de todo lo pasado. Cada nuevo paisaje es como un hermoso velo. Y en el transcurso del primer día han desaparecido la vida y sus recuerdos, cual informes espectros lejanos, apenas visibles tras la bruma y la calima. No los siento propios, no son como si fueran míos. Quién sabe si serán viejos, desgastados fantasmas.

Me asemejo a un caminante adormecido, como si soñase y yo mismo, no obstante, lo supiera y no deseara despertar. El mar imprime en mí una paz letárgica, dulce, y me sume en la impasibilidad. No genero pensamiento alguno y cada sentimiento duerme al despertar. No añoro nada, no espero nada.

Me encuentro a mí mismo bien en un sitio, bien en otro. Me recuesto en cubierta en una cómoda tumbona, fumo un cigarro adormecedor, que nubla la mente. El ojo se sacia de alta mar, de cielo despejado y de esas pequeñas olas murmurantes más próximas; algunas estallan en espuma, sin saberlo, sin querer, como hablando en sueños, pero carecen de la fuerza para elevar el alto, pesado armazón. Hay numerosos barcos en el horizonte. Bajo el sol, son como grandes, negras mariposas, contra el visillo blanco de la ventana del cielo. Al otro lado, brillan las velas de pleno iluminadas, se ven hinchidas, y también las vergas. Desde allí, la atención se desplaza a nuestro barco, trepa por las escaleras de cuerda a los mástiles, escudriña

poleas, cuerdas y velas. Las abandona cuando por la boca de la chimenea emerge un humo lanudo en forma de cola negra y desciende etéreo sobre la superficie del mar.

Me sorprende a mí mismo caminando por la cubierta o clavando la vista en la estela del barco, siempre la misma, las mismas burbujas, la misma efervescencia y el mismo romper regular de las olas.

A veces, del agua comienza a surgir tierra. Se eleva y se hace más grande y al poco delante hay tierra firme. Se ven iglesias, pueblos y colinas, y en sus laderas, bosques verdes. Allí también hay gente, vive y tiene aficiones, las que sea que tenga. ¿Cómo será allí la existencia? Un pescador arrima su buque de vela a un flanco del barco. Si uno bajara de un salto a su barco, remara a tierra y se quedara junto a ellos, en medio del mar, en este humedal desierto, sin dejar huella alguna de uno mismo... Y así crear un nuevo entorno de por vida. ¿Se podría? Siento que debería poderse. Y puedo intentarlo allí, en el lugar al que me dirijo. Cuanto más lejos mejor.

Pero la tierra queda atrás, desaparece y se olvida. Nuevamente no existe más que el barco y las velas en el horizonte, siempre con idéntico aspecto.

Se acuesta el sol. La roja bola se hunde bajo la línea del agua. Roza el agua y luego se sumerge trémulo, como quien se entrega a nadar, que primero se humedece los dedos de los pies, luego se sumerge hasta la cintura y más tarde, de pronto, se zambulle entero y desaparece.

Llega la penumbra, el campo visual se oscurece y se repliega más próximo. El azul del cielo y el mar se derrama en gris y aquí y allá se forma bruma. Pero a través de las tinieblas se vislumbran luces distantes. Indican el camino, fuegos de faros, unos brillan inmóviles, otros, por el contrario, se encienden y apagan a intervalos regulares. Y entre ellos viaja el barco, dirigiendo su curso de un farol marino a otro. La máquina martillea en la bodega y parece ser consciente, comprender su posición y significado. Cuando todos han ido a descansar y yo aún velo en cubierta, me parece que comienza a vivir el barco y se oye como si el murmullo del agua delante de la proa fuera su propia voz, una misteriosa plática cuyos matices sólo comprende en verdad él mismo, y que yo no puedo sino adivinar vagamente.

Pero entonces comienzan mis sentidos a acostumbrarse al ambiente, el efecto del mar pierde su intensidad y los canales ocluidos de los pensamientos precedentes y las sensaciones precedentes vuelven a abrirse.

La mañana del tercer día de viaje, cuando subo a cubierta, los ojos casi cegados por la abundancia de luz, veo al capitán examinando un barco de vapor que humea a nuestra derecha, y amenaza con adelantarnos. Al entregarle el catalejo al timonel, dice: es el *Capella*.

Es el *Capella*, que quedó en el puerto y partió varias horas detrás de nosotros. Se creería que alcanzaría Travemünde un poco antes que nosotros.

Apoyado en el pretil y siguiendo con los ojos el hermoso barco en lontananza, me sorprende deambulando en el siguiente sueño:

Ella está de viaje, ella, Anna, ahí, en el *Capella*. Ha partido por la tarde, yo por la mañana. Ella también me ama, igual que yo a ella. Cuando me vio marcharme abatido e infeliz, pasó la noche en vela sin sacarme de su pensamiento. Recordó nuestras excursiones estivales, sintió lástima y se dio cuenta de que me amaba. Por la mañana se abalanzó al puerto, pero el barco ya había partido. No alcanzaría paz antes de estar en cubierta del *Capella*, también de viaje al extranjero. Renunció a su madre y a su hermano y me siguió. Ahora navega, a corta distancia de mí, llega a puerto antes que yo y lo primero que encuentro en el muelle es a ella. Continuamos viaje juntos y ella es mi esposa y no nos separamos nunca. El resto sólo ha sido un mal sueño.

Y ya puesto en marcha, a mis fantasías nada las refrena. ¡La traigo aquí, a este mismo barco, a la misma cubierta, a mi lado! Por el día nos sentamos en la cubierta de popa al abrigo de la vela. La veo ante mí con tan inquietante viveza —incluso sus más pequeños rasgos, las oscilaciones más sutiles en su rostro, los distintos matices en sus ojos— que me entra una momentánea repugnancia de mi persona y tengo que ahuyentar un instante la imagen de mi lado, apartarme, alejarla de mí con un gesto tajante. Pero pronto regresa. Por la noche, cuando los faros resplandecen y los fanales de los barcos que vagan en la oscuridad titilan en forma de estrellas rojas y verdes, nos retiramos a uno de los muchos recovecos del barco, a los pies de un mástil o al extremo más alejado de cubierta de proa, charlamos en voz baja, envueltos en la misma capa cálida, su mano bajo mi brazo, que de vez en cuando ella aprieta levemente y yo respondo de la misma manera.

Me entrego a un mundo de quimeras, el parpadeo de una estrella me causa tristeza y puedo, al mirar el vuelo de una chispa que sale de la chimenea, tararear canciones folklóricas melancólicas tales como:

*Olvidarte no puedo,
aunque jamás mía seas, etc.*

Comprendo bien que esto es descabellado y disparatado, pero carezco del valor de obligarme a salir de este estado de ánimo. No tengo corazón para reírme de mí mismo. Digo con lástima que no me queda otra cosa. Me hallo casi en el mismo estado que un borracho que bebe para aliviar su tristeza, bebe, pero al entregarse a la bebida siente que lo hace porque no quiere despertarse y regresar a la realidad. Grita, rabia y arma bulla tratando de olvidar su pena, pero al llevarse el vaso a los labios siempre recuerda, si bien borrosamente, por qué bebe. Por la mañana, ya repuesto, aborrece tanto el beber del día anterior como sus motivos. Pues la tristeza no se ha disipado, al contrario, es aún más profunda y desesperada.

También yo me despierto por la mañana con resaca espiritual.

La última noche del viaje, mientras nos aproximamos a Lübeck, sueño con ella, una continuación de las fantasías del día. Revivo las horas más dulces en el campo,

cuando pescábamos y navegábamos. El sueño es frágil y se quiebra de cuando en cuando, aunque meto la cabeza en la almohada y vuelvo a conseguir que los hilos se unan uno con otro. Pero al final fuera hay ruido y el triquitraque en cubierta se torna demasiado fuerte. Me percató de que el aullido de la sirena de avisos es lo que no me deja dormir y sus terroríficos soplidos resuenan en mis oídos, al principio lejanos y ahora sobre mi cabeza.

Veó que nos anclamos en una espesa bruma. Escucho que estamos en una corriente estrecha, pero la orilla no se divisa. A unas brazas de nosotros se vislumbra entre la cortina tenebrosa otro barco, como una gran araña gigante. En su flanco leo el nombre CAPELLA, pero ya no me produce el mismo efecto que ayer. Tiemblo de frío interior y exterior. El cerebro está vacío; de las fantasías de la víspera y los sueños de anoche no queda más que la cruda realidad matutina. Todo el aroma de la belleza poética, incluso la fragancia falsa de ayer, se ha evaporado. La sirena sigue soplando igual de quejumbrosa y más lejos, en el interior de la bruma, responden otros barcos tenebrosos, barruntando un peligro, igual que los pájaros que se advierten uno a otro de una fiera que, en algún lugar, los acecha. Eso aumenta mi desesperación y me arrebata el último coraje y fuerza de resistencia.

Sé que allí, tras del velo de bruma, a unas brazas de distancia, comienza el extranjero, vasto, desconocido e impasible. Ya estoy en sus fauces. He de iniciar una nueva vida, plantarme en un lugar extraño, aunque las raíces se hundan aún en tierra vieja. Desearía que, sin llegar a tocar tierra, virara el barco de vuelta a mi patria.

Esta debilidad mía me exaspera, desearía vencerla. Pero durante el viaje en tren lo único que hace es aumentar. Idéntica realidad desconsolada reina allí también. Soy como una mota desplazada por el viento. Terriblemente pequeña y trivialmente insignificante. En casa era algo, al menos un engranaje en un mecanismo. Aquí me siento como algo suelto, que en cualquier momento podría sin pena caerse al borde del camino.

Hasta que poco a poco me emboto y me sumo en la indiferencia absoluta, dejando que mi cuerpo se balancee al compás de las sacudidas del tren. Los paisajes, pueblos y ciudades pueden pasar a toda velocidad. No despiertan en mí curiosidad alguna. No son para mí. No pienso en el pasado ni en el presente. Me dejo llevar como un preso preventivo de un tribunal a otro. Y no se despiertan otros estados de ánimo más que un par de veces durante mi viaje. La primera vez en Colonia, donde junto a los demás viajeros recaló en la catedral.

Lejos del traqueteo de la vida del ferrocarril, del silbido de la locomotora que desgarrar los oídos, del polvo del vagón y el brillo del sol que me lacera los ojos cansados, me veo, de pronto, bajo la sombría cúpula, donde la luz está diluida y tamizada, donde la gente se desliza sigilosa, devota y con tiento, y en la que de algún lugar, no sé de dónde, del tejado o de los muros, susurra una música sosegada, profunda, apacible. Entre los pilares somborean amplias perspectivas, y al fondo parece haber altares y esbeltas velas ardiendo, su fuego es sólo suave resplandor. En

el interior de una capilla lateral, de rodillas, sumida en sus rezos, una mujer joven, lívida, de velo negro solloza. Paso de puntillas junto a ella y, tanto yo como esos otros turistas con ropa de viaje, sentimos ultrajar algo hermoso y sagrado. Yo, que siempre he explicado los sentimientos religiosos como un estado de embelesamiento de naturalezas débiles, me derrito como la cera. Me invade el deseo de entregarme a rezar también y deseo poder creer y abandonarme. ¡Dejar que el tren se marche, dejar que el mundo se vaya y brome! Me quedo aquí, en el silencio de las bóvedas. ¡Y qué bien comprendo ahora a esos ermitaños, monjes y monjas que, fatigados de la vida y desencantados de sus esperanzas, se encierran en conventos y buscan para sí mismos el retiro en la soledad del desierto! Qué distinto sería a buscar olvido en el trabajo y ahogarse en el estruendo del mundo.

Pero unas gentes vienen y otras se van, y al abrirse las puertas penetra en el interior el ruido del mundo exterior, el traqueteo de los coches de caballo y el relinchar de locomotoras de la estación cercana. Delante de mí camina un hombre que echa un vistazo a su reloj, lo reconozco como un pasajero del mismo tren y me apresuro a salir con él, inquieto por el retraso.

Como una bestia salvaje que arranca sus cadenas y se suelta fuera de control escapa el tren de Colonia. Al oscurecer la tarde, comenzamos a acercarnos a París y la llegada me despierta de nuevo de mi estado letárgico al que ya había empezado a habituarme.

El tren lleva retraso y quiere recuperar el tiempo perdido. Vuela a una velocidad tan tremenda que el vagón brinca. Me propongo ponerme en pie, pero, aturdido, regreso a mi asiento. Un tren viene de frente por la otra vía, parece rasgarme en dos. Estoy a punto de desmigajarme, de partirme en pequeños añicos. ¿Es sólo cansancio físico, falta de sueño y de descanso? Trato de explicarlo así y dominarme. ¿Por qué no puedo ser como los demás, que recogen tranquilamente sus pertrechos y no parecen sentir nada especial? ¿Estoy hecho de una sustancia más floja, o soy más débil? ¿Por qué me alarmo, por qué futilidades estoy inquieto?... Pero es un esfuerzo inútil tratar de distraer mi mente. ¡Si tuviera un camarada, un amigo! Sí, ahí está de nuevo. Y de nuevo viene a mí ese deseo infinito, que desgarrar el corazón, de amor y anhelo de ternura que suscita dolor en la punta de cada nervio. No existe, no existe noticia alguna de su presencia, estoy completamente solo. Y acaso por ello ahora es como si me apresurara hacia mi perdición. La velocidad no cesa de aumentar, durante varias *verstas* se oye un único silbido de la locomotora, interrumpido durante un breve instante. Entrar en un túnel y salir de un túnel. Puentes, hondonadas, pequeñas estaciones que no importan. Parece como si no estuviera permitido siquiera detenerse. Como si hubiese delante una montaña magnética succionando la nave férrea, que ha cesado de obedecer el timón. Cuanto más nos aproximamos, más ávida sorbe hacia su pecho. Por fin lo atrapa por completo esa secreta fuerza de atracción, los clavos se desprenden de un tirón, las juntas del armazón revientan y el barco se quiebra en pedazos en el costado rocoso de un monstruo negro.

Pero, de pronto, nos hallamos bajo una bóveda de cristal, la velocidad disminuye y el tren desemboca con destreza junto a su andén. Me encuentro a mí mismo como parte de una larga cadena humana, uno de sus extremos está en el andén y el otro ya lo engulle París por la gran puerta en sus fauces abiertas, igual que la cresta de un rápido se traga largos troncos.

IV

—*C'est fini, monsieur?*

—*Oui, madame.*

—*Pas de café, pas de cognac?*

—*S'il vous plait, madame.*

—*Vous avez l'air bien triste, monsieur! Vous avez des chagrins?*

—*Non, madame, au contraire^[1].*

Estoy sentado en un pequeño restaurante en el *boulevard* de Clichy y he terminado mi comida-cena.

La estancia es oblonga y la puerta de entrada da directamente al bulevar. Junto al vano de la puerta hay un mostrador de zinc, detrás el dueño, en mangas de camisa, sirve sin cesar bebidas a los obreros y cocheros que entran y salen. A lo largo de las paredes hay sofás de cuero y frente a ellos marmóreas mesas de patas de hierro a las que se sientan principalmente cocheros de chaleco rojo, hombres vigorosos y curtidos, comiendo y armando una bulla incesante, vocinglera, frente a sus vasos de café negro. Sus lustrosos bombines de piel cuelgan junto a sus cabezas de un gancho, en cada uno pende, además, un montón de abrigos y capas para la lluvia. En un rincón crece un puñado de sus largas y finas fustas.

Cada vez que la puerta se abre y entra un nuevo cochero que ocupa el vano, trae consigo ruido del bulevar, ese murmullo incesante de la gran ciudad: los gritos estridentes de vendedores callejeros, el trapaleo de cascos sobre el pavimento de madera, el restallar de látigos y la bocina del tranvía al pasar.

Resulta tan extraño pensar que ahora estoy aquí sentado y veo y oigo esto que existe y ocurre al lado y a mi alrededor. ¿Yo? Bueno, efectivamente yo, tras volar como por los aires, he caído por casualidad en este rincón de París, y aquí me he quedado.

En ese momento me siento, sin embargo, más o menos a gusto. Puedo estar completamente en paz, nadie me importuna ni se dirige a mí. Rostros desconocidos, la novedad del entorno y el incesante borboteo de una lengua extranjera me hierven la sangre y los pensamientos no llegan del todo a entumecerse. Paso dos o tres horas

saboreando café y coñac, fumando a ritmo pausado y leyendo para pasar el rato algún periódico.

Pero, tan pronto como pongo un pie en el bulevar por donde circula una fila ininterrumpida de gente, se oye la conversación melodiosa, alegre, de mujeres que pasan de largo y donde fluye una incontenible corriente de carruajes con capota resplandecientes a la luz de las farolas de la calle, sus linternas parecen perlas luminosas que ruedan por una pendiente inclinada, me mortifica el espíritu esa aflicción antigua, eterna, que acude cada día a la misma hora y al mismo sitio. No hay un solo conocido a cuyo lado sintiera deseos de ir, no quiero regresar tampoco a mi cuarto, donde encontrar aún más monotonía, y así, lánguido, cruzo el umbral de mi café habitual.

Allí dedico unas horas a hojear periódicos, a observar a los jugadores de billar y a escribir cartas.

Esta vez tengo entre manos una larga carta para el hermano de Anna y ya he preparado varias hojas.

Nosotros dos, nosotros habíamos vivido juntos muchos estados de ánimo y muchos sentimientos. Conocíamos incluso los matices más pequeños de la naturaleza del otro. Juntos habíamos sufrido los correspondientes amores y cada uno había ayudado al otro en sus aventuras. Una vez vividas hasta el final, juntos habíamos cerrado cuentas y repartido beneficios, es decir, nuestras experiencias y percepciones psicológicas. Hasta el menor de los matices, escudriñábamos los fenómenos del alma en nosotros mismos y con su ayuda tratábamos de construir teorías psicológicas sobre el amor y la vida en general.

Le escribía ahora sobre mí, tratando de entregar un breve relato de mi estado tras nuestra separación. Tal vez era el motivo de mi carta otro distinto. Al leer lo que la noche anterior había redactado, me parecía como si estuviera pensado para que lo leyeran otros aparte de él.

Jamás hubiese creído que el extranjero causaría en mí el efecto que ha causado. Completamente distinto había imaginado mi viaje, esta ciudad y, en general, mi vida aquí. O quizá sea más correcto decir que a mí mismo me había imaginado distinto. Pues, al fin y al cabo, todo depende de los ojos con los que su estado de ánimo lo mira.

Es la relación con el otro sexo la que determina qué aspecto tiene para nosotros nuestro entorno. Incluso en los tiempos de cierto alto el fuego, de tregua en el amor, cuando no estamos bajo su influjo directo, también nos domina, bien a través de los recuerdos pasados o los deseos futuros. Recordarás cuántas veces antaño estábamos despreocupados, felices y tranquilos; no obstante, nos encontrábamos oteando fijamente la distancia, y cualquiera de los dos podía expresar de súbito su deseo: «¡Ahora no falta más que una muchacha en cuya compañía poder admirar este hermoso paisaje!». Y por tal motivo podíamos sumergirnos ambos en nuestros pensamientos y sentarnos mudos largo rato, dominados por ensueños indefinidos, melancólicos. Cuando, de esa manera, una mujer influye incluso estando ausente, ¡qué ocurrirá cuando te has encariñado con ella! Entonces, imprime su propio color en todo lo que vemos y vivimos. Para mí, al menos, no existe lugar alguno, persona alguna en la que no se hubiera grabado algo de esa mujer que en ese momento era el contenido de mi vida. Cuando los encuentro de nuevo, son para mí bien gratos bien desagradables, despiertan alegría o tristeza según como fueran los vínculos de mi corazón cuando los conocí. En sí mismos y por sí mismos, los objetos externos jamás me han producido efecto alguno,

únicamente como testigos de las alegrías o tristezas de mi corazón. Así ha sido hasta ahora, y la misma circunstancia, tal vez incluso en mayor medida, se da también en este momento. El efecto del extranjero en mí no es efecto suyo, sino mi presente estado de ánimo. Creo que te distraerá si te hago rendida cuenta de algunos de sus detalles.

Aunque no hemos hablado de ello, supongo que sabrás, no obstante, en qué estado de ánimo abandoné la patria. Anna te lo habrá contado. En que un hombre de mi edad se enamora de una joven de la suya no hay naturalmente nada nuevo. Pero no podía adivinar en qué se convertiría la naturaleza de mis sentimientos. Parece que al llegar a cierta edad y haber atravesado todos los estadios de desarrollo, la vida afectiva hubiese recommenzado en mí su ciclo, igual que la savia en algunos árboles, que en los otoños largos se equivocan y florecen dos veces. En el transcurso del pasado verano brotaron en mí todos aquellos sentimientos nostálgicos e infantiles de los que creía haberme librado cuando me enamoré por primera vez. Esa niña pequeña que casi había sostenido sobre mis rodillas y llevado en mis brazos y que hasta entonces había tratado como a una cría, ante ella me sentía igual de cohibido que un joven colegial que por primera vez se ve ante su ideal. Me enamoré de ella como si fuese mi primer amor.

Creía deshacerme de mi sentimiento desesperado y poder dejarlo en la orilla de mi tierra natal, igual que todo lo demás. Pero me acompañó, me siguió durante el viaje y las primeras semanas de estancia aquí estuve bajo su completo dominio, tal y como pronto verás. Traté de combatirlo, pues me torturaba indeciblemente y el mundo exterior con sus nuevos efectos hacía lo que podía para disipar de mí el pasado. Mis sentimientos se colocaron, sin embargo, en posición de resistencia y el pasado no se ensombrecía. Por eso, casi en cada lugar donde he estado, cada nueva calle por la que he caminado, cada café donde me he sentado, existe un recuerdo de esta batalla.

Entre las consecuencias de ese esfuerzo en ambas direcciones está, sin duda, el que también percibo todos esos lugares y zonas con mucha claridad y detalle. Se han grabado en mi mente igual que un nítido clisé nuevo sobre un papel blanco limpio. Siempre que una imagen reciente penetra en mi cerebro y cuando en su frescura se apodera de toda mi atención, hay momentos en los que creo haber superado ya mi pasado. Pero cuando, de pronto, el humor cambia, cuando la luz, por así decirlo, incide desde el otro lado y la imagen pasa a contraluz, allí dentro, en algún lugar al fondo, está la marca de agua que se trasluce a través de todo lo demás. Es indeleble, imborrable y genuina. Muestra su contorno, tiene la tez tan fina, un perfil puro y un ondulado mechón junto la oreja.

Al salir por la mañana de mi habitación y descender a la calle que lleva al bulevar, no puedo sino cobrar vigor un instante a causa de la vida ante mí. Los pequeños comerciantes han extendido su mercancía en las aceras, y entre esos altos muros se apila fruta y verdura fresca, recién llegada, como la espuma de un rápido entre la orilla rocosa. Los vendedores se desgañitan y a su lado pasan sin cesar compradores, por lo general mujeres con traje de mañana, sin sombrero y únicamente un velo sobre los hombros. En el umbral de su puerta está de pie el carnicero con su delantal blanco, y en el escaparate de la panadería se amontonan esbeltos panes blancos, largos y gruesos como leños de abedul. A su lado brilla a través de la ventana el mostrador de zinc de un pequeño restaurante, delante se apuestan hombres vestidos con ropa de trabajo, frente a ellos, una fila de vasos en los cuales beben de pie su absenta verde amarillenta. Un grupo de colegiales de uniforme, los libros bajo el brazo, grita y jalea junto al cochero a los caballos de un gran carro de carga, que con los cascos en vano saltan chispas en la calle tratando de mover su carga. Casi cada mañana me cruzo con un anciano ciego, taza en mano, esperando limosna, y con los oscuros ojos fijos en los transeúntes. Delante del escaparate de la papelería siempre hay gente observando las revistas de humor. La calle desemboca en una pequeña plaza en cuyo centro hay una estatua y a su orilla aguarda una incesante fila de coches de punto con sus brillantes capotas negras. Una bocina suena y un vagón de tranvía tirado por dos caballos blancos enfila en la boca de la calle. Se dirige a la Exposición, echo a correr para alcanzarlo y consigo un asiento dentro.

Tras las ventanas en movimiento comienza a desfilar a mi lado un pedazo de París. Cafés en cuyos ventanales y grandes espejos de pared se refleja la calle con su gente, este tranvía y los árboles del bulevar. Muros cubiertos de grandes anuncios. Abigarrados quioscos de prensa. La parada donde aguarda un montón negro, tratando de entrar. El rostro serio de un guardia vigilando en la esquina de la calle. Una nueva plaza abierta en cuyo centro rebosa una

fuelle. De pronto, un nuevo bulevar, negro de gente y de carruajes, resonando y desvaneciéndose en la lejanía. Y por todas partes esos altos edificios de piedra, alzándose cual templos rocosos esculpidos en la montaña, sencillos y solemnes, y amueblados balcones de forja, semejante a una mujer de gris con un delicado velo.

Frente a mí está sentada una parisina, de movimientos delicados y graciosa. Es como un juguete de su creador, tallada con su cuchillo de hoja más fina, y la materia ha sido tomada del costado más sano del árbol más jugoso. A su lado se encuentra un hombre de cierta edad, lazo de la legión de honor en el ojal, y en la cabeza un sombrero de copa de seda brillante. Se ponen de pie en el estrecho pasillo entre las rodillas de otros. Ella es para mí como un pájaro que se desliza entre las ramitas sin deslucir una sola de sus plumas. Me aparto un poco, encojo las piernas y sus labios me dirigen un gutural *pardon* en señal de disculpa. Se bambolea hacia la calle, sube a la acera asfaltada y, conforme abre su sombrilla, coloca su mano enguantada en el brazo del caballero.

Y más no necesito. Recuerdo todo y mi ánimo se entristece y encapota. Y eso me sucede casi cada día, en cualquier momento, por cualquier motivo.

Es, en verdad, grande y poderoso el efecto que la Exposición me causa cada vez que la contemplo desde lo alto, bajo las bóvedas del Palacio del Trocadero, allí en el valle de los Campos de Marte. En medio se alza la Torre Eiffel, cual corona de flor de un abeto de los bosques inhabitados, a la luz del sol arden las cúpulas doradas de los edificios de la Exposición, y en sus remates hacen las estatuas gestos de gozo desde lo alto. Sin duda, la sangre en las venas se ve en animado movimiento al llegar al Puente de Jena, bajo el cual hormiguea el curso del Sena, y cual golondrinas se deslizan por sus arcos pequeños barcos de vapor repletos de gente. Y cuando yo mismo estoy bajo la Torre Eiffel, entre las piernas de este gigante de hierro, en ese momento no pienso más que en contemplar y asombrarme. Cuando luego me entrego a recorrer las calles y paseos de esa ciudad milagrosa, dentro de un palacio y fuera de un palacio, cuyos hastiales son obras de arte, las puertas esculturas, las paredes pinturas y el interior lo colman tesoros de todo el mundo, me evaporo por completo de mí y no sé creer que yo, que yo estoy caminando por aquí y a cada paso cambio de un continente a otro. O cuando estoy en la galería de máquinas, bajo su techo de cristal que trata de alcanzar el cielo, es como un taller donde se esfuerzan todos los brazos de esta época y forjan todos sus martillos y avivan vapor, gas y electricidad, así me veo aturrido y me embriago con el zumbido que parece nacer bajo la tierra, me recorre y electriza cada uno de mis miembros. En el cuerpo hay una extraña inquietud, como si crepitara una chispa eléctrica de cada punta de los nervios. Cuando luego, al caer la noche, «fuentes luminosas» comienzan a tocar su sinfonía de color y la Torre Eiffel al completo se convierte en una columna de fuego rojo, entonces también a mí me atrapa el júbilo colectivo, y vitoreo yo también junto a ese altar de sacrificio que parece haber sido encendido para desafiar a los dioses y ensalzar el genio humano.

Pero luego no vuelvo a necesitar más que acabar en el rincón más retirado, en uno de los numerosos cafés, solo delante de una mesita. El estrépito del campo de la Exposición penetra tenue aquí, y la luz que de allí mana sólo es un reflejo por encima de las copas de los árboles. Aquí también hay fuegos artificiales, entre las ramas de los árboles crecen farolas redondas, rojas, semejantes a grandes cerezas, y por aquí y por allá se encienden dentro de los bosquecillos luces de bengala que resplandecen, iluminando ora amarillo, ora azul los ramilletes, las fachadas de los pabellones cercanos y la gente que camina por el verde césped. Hay en ello algo rural, algo que recuerda a una fiesta popular. Y en mí comienza a surgir melancolía y agotamiento, y el cambio de ánimo está listo. Me siento hastiado de todo lo que he visto y ahora ya no creo que merezca la pena. Esa torre es una inútil caricatura de las aspiraciones humanas, y todas esas instalaciones son juegos de niños grandes. Esas decenas de miles que luchan por una silla alrededor de sus «fuentes luminosas», son infelices, bufones. Miro su entusiasmo casi desde el mismo punto de vista con el que un pietista reprueba los esparcimientos terrenales. Todo es efímero, dentro de varios meses de esto no quedará más huella que ruinas haciendo muecas. ¿Y para eso se ha puesto el mundo entero en movimiento? El presente es una bobada, y ésta es la mayor de todas. Pero siento, no obstante, que mi crítica sería otra por completo distinta si *ella* estuviese aquí, si pudiera pasearla por todas partes, si pudiéramos contemplarlo juntos: entonces me deleitaría, me admiraría y estaría entusiasmado.

En una ocasión voy a parar a un restaurante húngaro de la Exposición donde toca una orquesta de violines y se sirve genuino vino de la estepa. La música contiene el fulgor del sol meridional y el vino el sabor de la uva auténtica. Los músicos visten trajes nacionales, son hombres de ojos negros, bigotes intrépidamente enroscados. El director también toca y al tocar está de pie. Su instrumento sube y baja con pasión, el cuerpo se curva por la cintura y las perlas de su traje destellan. Sus ojos resplandecen bajo la luz eléctrica y, chanceándose, lanza miradas ardientes a una o a otra de las mujeres sentadas en derredor, que por todas partes arrojan al escenario ramos de flores. El público les acompaña, se entrega a los mismos sentimientos que los violines interpretan. Aquí y allá asoma una mano por los puños de la camisa, un pie y una cabeza marchan al ritmo de los músicos. Me entusiasmo yo también, me siento ligero y mi ánimo se alegra. Pero de pronto enmudecen los violines y la música cesa. Sólo se oye desde algún lugar al fondo de la sala el tintineo de monedas que un camarero calcula en la mano de alguien. El instrumento del director ha detenido su cadencia frenética, la punta en lo alto y su mano a la altura de la oreja. Y cuando él, despacio, apenas visible, la desliza hacia atrás, el ánimo del violín ha cambiado. Se ha vuelto triste, gime primero y llora después, como un anhelo hace un instante olvidado que de pronto regresa a su mente. El rostro del músico se ha tornado grave, su mirada pasea ahora por encima de las cabezas de la gente siguiendo una línea que tal vez conduce al farol de aquella puerta, pero que a mí me parece errar sobre una vasta llanura, hacia el horizonte del sur, donde se pone el sol del atardecer de su propio país.

*Resuene la música, resuene hasta amargas,
ágiles aguas;
así, al sonar, desciende dulce,
desciende en apacible ensueño.*

Allí lo tengo yo también, lejos de aquí, ese horizonte triste de Finlandia, el viento del norte se retira a descansar, las olas lamen el navío, las velas apenas empujan y Anna está sentada en la proa, de espaldas a mí, tarareando levemente.

Terminé aquí ayer. Ahora no deseo explayarme más sobre los cambios siempre idénticos de mis estados de ánimo. Una vez se ha visto una ola, se sabe cómo será la siguiente: o bien contienen el azul oscuro del cielo, o bien el blanco salpicar de la espuma. Tiemblan con pesadez un tiempo, se desvanecen al amainar la brisa y luego se alisan por completo.

Creo, sí, más bien estoy casi convencido de que también el oleaje de mi espíritu se acerca a su fin. He comenzado a trabajar en la biblioteca y ya no dispongo de tanto tiempo como al principio para observarme a mí mismo. Y, por otro lado, comienza el entorno, el cielo de París, por así decirlo, a penetrar más profundamente en mi mente, trayendo consigo nuevas ansias y deseos. Cuando, por ejemplo, camino por la tarde por esos grandes y resplandecientes bulevares donde el mundo entero danza y requiebra despreocupado, alegre y frívolo, me despierta asimismo el deseo de sumarme.

¿Qué me impediría, en realidad, a mí también asir con la mano tal mariposa callejera liviana, resplandeciente que cruje de seda y terciopelo y casi con aspecto inocente agarra del pescuezo los prejuicios del mundo entero? ¿Acaso semejante criatura no habría de hacerme olvidar el pasado, cerrar todas las heridas! ¿Acaso no haría perder el lustre a la marca de agua mostrándose en su lugar? ¿Por qué no me fundo también yo en el maremagno, por qué no entro en esos cafés donde negros bombines y claros trajes femeninos se mezclan unos con otros?

Eso pienso, pero en ese tema soy, al fin, como soy. No me desvío a ningún sitio, sino que retorno siempre por las mismas calles a mi apartamento; satisfecho de haber actuado así.

Al meter la carta en el sobre tuve la sensación de que el discurso sobre la proximidad del fin de mi amor no era exactamente como lo había imaginado. Mientras la pluma recorría el papel, sí que me lo parecía, pero esta idea se cruzó con otra. Creía que se trataba de un estado de ánimo casual que en cualquier instante podía cambiar. Y eso

ocurrió tan pronto que al momento ya deseaba que de mi carta se desprendiera lo que había creído en ella ocultar. Tras leer la carta, con certeza dirá el hermano de Anna a su madre: «Es obvio que aún no se ha liberado, sino que aún la ama». ¿Qué pensará Anna? El hermano seguramente se la entregue para que la lea. Y si la lee, ¿qué efecto provocará en ella mi carta?

Mientras reflexionaba, comenzó a renacer en mí de nuevo la esperanza. Hilo a hilo, se entrelazaba una oportunidad con otra y comencé a imaginar que mi carta tal vez pudiera cambiarlo todo. Si lo meditaba bien, en realidad Anna aún desconocía la profundidad de mis sentimientos. Le había sobrevenido todo inesperadamente. Y yo no había podido hablar con ella en serio. Tras mi partida, quizá ella había empezado a cavilar y a pensar en mí con más ternura. Con la vileza propia de un enamorado, tuve también en cuenta el sentimiento de lástima que se despertaba en ella y, además, eso no podía ocultármelo a mí mismo, la influencia de madre y hermano. Ante todo, sin embargo, confiaba en mi carta. Verá lo infinitamente profundo que es mi amor, cuánto sufro y cuán infeliz soy.

Era tan extraño observar la carta allí, en la mesa, ante mí. El sobre era de elegante papel francés. Parecía estar viva, como una mariposa clara de alas de terciopelo que, inmóvil, se ha posado en una hoja. Ni siquiera tiembla, pero si te acercas, emprende el vuelo.

No tengo corazón para meterla en el bolsillo y que se arrugue. La dejo allí hasta que he bebido mi cerveza y fumado otro cigarrillo. Las bolas de billar chasquean en otra habitación. La cajera tintinea su plata detrás del mostrador. En las paredes revestidas de espejos se reflejan alargados horizontes de luces de gas. Al otro lado de las puertas de cristal desfilan constantemente parejas que se apresuran por el bulevar y circulan omnibuses y caballos.

Me marcho. Sostengo con cuidado la carta entre las yemas de los dedos y, cuando la escucho caer en el fondo del buzón, me sobresalto. Entonces comienzo poco a poco a caminar por la acera hacia mi apartamento. Todos los cafés resplandecen en llamas, de las salas de conciertos llegan música y canto. Por las puertas abiertas veo, a través de un humo azul, a mujeres que bailan al fondo de la sala, vestidas únicamente con un delicado velo. Apresuro el paso y mantengo la vista fija al frente para evitar a las mujeres que salen a olisquear a cada paso:

—*Monsieur! Dites donc, monsieur! Voulez-vous, monsieur?*^[2]

Las aparto inclemente de mi brazo y giro hacia mi calle. Ahora es tranquila y silenciosa. Las tiendas están cerradas y sólo la castañera trabaja aún en su esquina, ante la crepitante sartén. Y delante de mí camina rasando el suelo con su farol el *chiffonnier*, recogedor de toda la basura, el traperero, el chacal nocturno de París, que arroja a un cuévano a sus espaldas los vestigios de otros que encuentra en las cunetas.

Llamo, grito mi nombre al vigilante de la puerta y escalo hasta mi pequeño cuarto en la sexta planta. Cierro la ventana y trato de atravesar con la mirada la oscuridad. París entera está delante de mí en la penumbra de la noche. No la veo ahora, pero en

el resplandor de los bulevares iluminados con electricidad y en los fuegos que titilan en las callejuelas presiento su gran tamaño. No se oye ni un susurro en las proximidades. Pero allí, más lejos, suena una incesante voz amenazadora, como si se alzara de unos rápidos lejanos cuyo murmullo al caer la noche penetra desde el interior del bosque hasta las aldeas en las colinas. Susurra, a veces restalla, brama y aúlla, como si lo atormentara una incesante agonía. Oigo cada noche los mismos sonidos, pero no sé explicar su origen. Otros sonidos creo, no obstante, reconocerlos. Eso es un tren que chirría al aproximarse a la estación vecina. Aquéllos son gritos humanos. Alguien canta.

Lejos, lejos, hasta la otra mitad de la medianoche me mantengo en vela. Olvido dónde estoy y me imagino en casa, en la casa paterna, en mi viejo cuarto en el ático, sobre una colina elevada donde antaño me sentaba noche tras noche delante de mis libros y me preparaba para mi examen sin albergar prisa. Mi mente estaba repleta de ilusiones y de deseos de futuro. Amaba y me creía amado. Mi ventana tenía extensas vistas como ésta, por encima del paisaje boscoso, y tenía mis propios fuegos vecinos en la cúspide de otras colinas. El edificio se ha recogido, los últimos pasos han callado. Pero el bosque despoblado no ha cesado de moverse. Velaba toda la noche, siempre emitía su mismo susurro apacible y las mismas voces nocturnas.

Me desvisto y retiro a descansar. En el sopor del sueño empieza a parecerme que la negrura bajo la ventana es el bosque y que allí rumorea sólo la espesura inhabitada de mi hogar.

Todo el tiempo entre esos dos momentos parece perdido. Soy el mismo *ahora* que *entonces*. Como objeto de mi afán veo los mismos deseos preservados y como posibilidad cierta sueño con el futuro, un hogar y fortuna. Y ya no creo que haya fundamento en mi temor a estar condenado a vivir solo, a pasar a lo largo de mi existencia días infelices.

V

Vivo varias semanas en el mismo estado de ánimo sosegado. En mi vida ha aparecido algo nuevo que me mantiene en pie, una especie de esperanza plausible. Cada vez estoy más convencido del efecto de mi carta. Los días, cuando aún no puedo esperar respuesta, son casi felices. Sé que la carta está en camino, que supondrá un giro definitivo de los acontecimientos, la última tentativa, y que luego ya no podré hacer nada. Y en consecuencia me sumerjo en la tranquilidad serena del fatalista.

Mi trabajo, que abordo cumplidor, avanza como un reloj, y paso casi todo el tiempo en la Biblioteca Nacional. El silencio monacal allí reinante, la luz cenital que cae del borde del techo, la calidez siempre uniforme y dulce, esos eruditos de aspecto grave, rostros pensativos, frentes arrugadas a fuerza de pensar y cabellos grises... todo ello insufla en mí paz y calma espiritual y la desesperanza no puede asomarse más allá de su escondite. Suceda lo que suceda, pienso, he de conformarme. Mi vida, supongo, será regular, aunque sin especial alegría, pero tal vez tampoco sin la pena que consume. Y me parece que de las tierras colinosas de mi vida he descendido a sus planicies.

Esta quietud en mí la ha infundido, en realidad, esa esperanza aún del todo inextinguible y la espera. Cuanto más tiempo transcurre desde que envié la carta, más inquieto y nervioso me torno. Cuando han transcurrido dos semanas y no hay vestigio de respuesta, mis días se echan a perder. Con frecuencia descuido ir a la biblioteca y soy incapaz de abandonar mi cuarto antes de que el cartero haya efectuado su ronda a eso de las tres. Y si a veces salgo, puedo de pronto dejarlo todo y regresar a toda prisa en medio del viento, la lluvia y la suciedad a mi apartamento.

A mi regreso, la portera suele estar de pie frente a su cuarto, y para pasar el tiempo observa el movimiento en la calle. Ya de lejos trato de leer su rostro, si tiene algo para mí. Si lo tuviera se retiraría a su portería al verme. Pero tal vez no se acuerde y aun así tal vez lo tenga. La saludo con una voz de lo más amable. Responde igual de amable, se aparta cortés y paso a su lado. Pero no me sigue. Me limpio los pies más tiempo del necesario. Subo dos, tres escalones. No puedo continuar. Tengo

que cerciorarme. Sin la certeza no puedo llevar nada a cabo en mi cuarto. El día entero se echará a perder. Tengo que preguntarle.

—*Rien, monsieur, rien!*^[3]

Cada día, idéntica respuesta, y ese mismo rotacismo que desgarrar el corazón en sus erres, que no intuye cuán profundamente duele. Es una mujer mayor bondadosa, siempre amable y siempre cortés. No obstante, a veces sospecho en ella secretas maquinaciones. Quién sabe si no ha ocultado mis cartas a propósito. Tal vez subestima las propinas que de mí recibe y no me entrega las cartas. En cuanto puedo, le coloco cinco francos en la mano.

Pero no hay señal de carta. Siempre la misma respuesta:

—*Rien, monsieur, rien!*

Un día regreso de tomar el desayuno. He cesado de esperar y ya no me molesto en preguntar más. Me dispongo a subir por las escaleras cuando la portera me grita de repente:

—*Voilà une lettre pour monsieur!*^[4]

¡Es de Anna! Me sobresalto al ver el encabezamiento. ¿Es acaso posible? ¿Qué significará? Y este pensamiento me transporta a toda prisa por las escaleras de caracol, un par de zancadas hasta la sexta planta. Estoy a punto de perder el aliento, y del desvanecimiento no soy capaz de meter la llave en el agujero de la cerradura. Cuando por fin logro abrir el sobre, el gesto desgarrar también una parte de la carta, veo que es del hermano. Y tras examinar con más detenimiento el sobre, percibo que la letra es de la madre.

No deseo dar lectura de la carta. Desearía que no hubiese llegado. Temo que habrá de hacerme descarrilar por completo de mi senda serena. Un estado de espera titubeante es preferible a una esperanza fracasada por completo. Ahora que he recibido la carta, podría aplazar su lectura para mañana, por el momento.

¿Cómo habrá llegado al sobre la letra de la madre? La explicación será que el hermano, como es habitual, ha descuidado enviar la carta por la tarde. Se despierta por la mañana, pero no tiene ganas de levantarse y su madre la lleva al correo. Así habrá aparecido su caligrafía, que, de alguna manera, es similar a la de su hija.

Pero he de leerla. Y tal vez no contenga nada sobre la cuestión.

El hermano escribe que desea que no me ofenda, pero le ha mostrado la carta a su madre y a Anna. La madre ha sentido una enorme lástima por mí. Anna, tras leerla, la ha devuelto sin pronunciar palabra y sobre el asunto no han conversado.

Sin duda, desearás saber qué impresión ha causado en ella y con gusto te lo diría si yo mismo supiese algo. Creo, no obstante, que ni has perdido ni has ganado... De todos modos, las mujeres son así y sobre su opinión nunca se sabe nada. Y para referirte todo lo que por aquí ha ocurrido, Anna tiene un admirador. Lógicamente se trata de un bachiller, un joven pipiolo. Se conocieron en la Sociedad Finlandesa, la ha acompañado a casa después del teatro, han ensayado y bailado juntos bailes de disfraces y ha habido serenatas en las noches heladas a la luz de luna. Naturalmente, nos complace. Sus «sentimientos», eso sí, no conozco cuán profundos serán. Puede haber promesa de matrimonio, pero igual de probable es que no la haya.

Tal vez no sepa ponerme del todo en tu lugar, pero, así, entre nosotros, me extraña un poco que te tomes tu amor por *ella* con tal seriedad y, por así decirlo, con tanta gravedad. Tus sentimientos como tales los comprendo. Se trata de ese generalizado anhelo y pesar que a nuestra edad es tan difícil, prácticamente imposible, de sobrellevar. Nos conduce a buscar ternura y afecto como única posibilidad de vivir. Y cuando con más ímpetu se siente que el tiempo se escurre bajo los pies, con más fervor surge el deseo de lanzarse de un salto hacia una roca sólida. Aunque Anna es sin duda una buena muchacha, tal vez una de las mejores que conozco, no es, sin embargo, la única en el mundo. No creo en absoluto que la perdición te alcance si no la consigues. Dices que este amor de soltero maduro es similar al primer amor, pero la semejanza también se manifiesta en que, en ambos casos, uno se imagina que será el último. Y, con todo, ninguno de los dos lo es. Algún día encontrarás a otra igual de agradable y tal vez más agradable incluso. Los hombres de nuestro nivel de desarrollo siempre tienen que transigir en sus exigencias, y cuando lo hacemos, claro que aún quedan a nuestra disposición mujeres en el mundo.

En lo que a mí respecta, estoy a punto de navegar hacia el puerto de invierno de la felicidad familiar. Figúrate, amigo, que llevo varios días prometido. Su nombre es Helmi, la hija de un comerciante de Oulu, no emancipada, no especialmente erudita, de cabello rubio, constitución fuerte, cuerpo sano, una ostrobotnia práctica, no va a ningún curso de ampliación de estudios, ni alberga la intención de sacarse el título de bachiller, sino que es hábil con los trabajos manuales y ha venido aquí a la escuela de economía doméstica. Mi ojo preciso reparó en su larga trenza en la Sociedad Finlandesa, me dejé presentar y bailé un *franseesi*. Como sabes, resulto muy interesante con mi fino bigote y mi apariencia un tanto pálida. Aparté del tablero a todos los mozalbetes. Tuvo la ocurrencia de enamorarse enseguida de mí, lo que al poco llegó a mi conocimiento por Anna, de quien ella, de pronto, se ha convertido en una excelente amiga. Canta un poco, la invitamos a nuestra casa, y yo la acompaño. La escolto a casa, etc. En una palabra: los detalles son siempre idénticos, numerosas veces antes vividos, así que sobre ellos en esta ocasión nada más. En lo que a mí respecta, en absoluto se trata de lo que antes entendía por amor. Hubo y se fue con *ella*. Pero dónde hallaremos nosotros, querido amigo, a esas imponentes y profundas mujeres, con las que fantaseamos porque pueden satisfacernos y comprendernos por completo. Si en algún momento surge la necesidad de compañía espiritual más selecta, de esa llamada simpatía de las almas, pues iré junto a los camaradas, cambiaré (delante de un grog) opiniones con ellos y luego regresaré tranquilamente al hogar, donde todo estará en buen orden y me rodeará la comodidad y la ternura.

Por lo demás, estoy seguro de que ella no tendrá queja alguna. Habré de ser un buen padre para sus hijos, que añoro, y un marido fiel para ella misma. Eso no será, en absoluto, difícil. Yo, al igual que tú, he tocado todas las intrincadas melodías de la vida afectiva y creo que ahora me conformo con esas notas sencillas que el resto de mi vida llenarán «al calor del hogar». Ansío tranquilidad, ininterrumpida y nervina. ¡Oblómov!, dirás tú. En efecto, en cierto modo Oblómov. Yo he avanzado en esa dirección.

¿Y si intentaras tú también avanzar en la misma dirección? ¿Y si mandarás a la porra estas preocupaciones tuyas? No vale la pena caminar toda la vida como un soñador de la luna, y menos en París, debido a una pequeña belleza finlandesa. En tu lugar seguiría la corriente aprovechando que estoy en la orilla. ¡Suelta amarras, baja los rápidos, ya que existen! Si no llevas muy mal el timón, lo que a nuestra edad ya no supone un gran temor, te deslizas poco a poco hacia el remanso de tu vida. Yo ya estoy allí esperando, y de la proa arrastro tu navío hacia el muelle de los casados juiciosos. Si a Anna no le importas, lo que tampoco ha sido dicho, pues peor para ella. Yo trataré al menos de hacer todo lo posible, y de la misma opinión parece ser también mi madre. Tal vez todo se arregle en ese sentido, pero si no sale bien, puedes estar convencido de que con mi futura parienta, quien por cierto te envía sus saludos, buscaremos y te encontraremos a alguna fiel y buena hija de párroco, que no sea sabionda ni «excelente», pero esté dotada de comprensión natural.

La carta me causa una buena impresión. No porque acepte las teorías de mi amigo y su enfoque sobre el matrimonio, sino porque me deja colgando de un hilillo de esperanza, aunque fino. Estoy contento, pues no está todo definitivamente cerrado.

Me entrego con renovado entusiasmo a mi trabajo. Vivo una existencia de eremita y el consejo de mi amigo de arrojarme a la vida resuena en mis oídos y pasa por completo de largo. Ahora, si alguna vez deseo serle fiel a mi ideal, pondré en práctica mis principios.

VI

Es Nochebuena. Son alrededor de las cinco. Una gruesa masa nubosa de color gris se ha retirado del Oeste y el Norte y ha dejado a la vista una luminosa franja en expansión de cielo puro, que parece tender a despejarse por completo. El sol vespertino se hace visible y brilla sobre todo París y entra en mi habitación. Su luz es amarilla y fría, y la imagen de los vidrios de la ventana en la pared sobre mi cama es falazmente acogedora. Recuerda a Finlandia, a esas tardes navideñas de invierno allí, cuando desde la ventana de mi cuartillo en el desván observaba el paisaje nevado, donde el disco de un sol con aspecto friolero descendía tras un sombrío abetal.

En mis pensamientos oigo livianos pasos acolchados, al otro lado de la puerta se cuchichea con sigilo, una mano agarra insegura la llave y dentro se abalanza una fila de hermanos y hermanas, de los cuales el más alto apenas alcanza a cerrar la puerta y girar la llave. Han venido a pasar conmigo las primeras horas de la tarde, que a la espera de que descienda la oscuridad y se encienda el árbol de Navidad, se hace tan larga y molesta. Han jugado a todos los juegos, atareados hasta el agotamiento con el escondite y la gallinita ciega, se han arrastrado bajo mesas y camas y, sin embargo, aún han de pasar muchas horas antes de que se abra la puerta del salón grande. No se sabe qué hacer, los juegos quedan a medias, no se tienen ganas de continuar, con las manos en las caderas se suspira de desesperación y no se seca la gota de sudor de la frente y la punta de la nariz.

Pero luego recuerdan que en la habitación del ático está el hermano mayor, único refugio en esa inmensa pena. Él sabe divertir, sabe hacer que pase el tiempo, si lo desea. Él se deja caer de espaldas sobre la cama, le encienden su larga pipa y se encaraman por todos los lados. Por la habitación vagan azules nubes de humo y el hermano cuenta «historias» que se escuchan aguantando la respiración. Nadie se percata de que la imagen de la ventana desaparece, que el crepúsculo desciende sobre los muebles, que ya no se distingue lo que hay sobre la mesa, en el rincón, donde está la nariz de los otros, la boca y los ojos. Únicamente entre las frases resopla la cazoleta de la pipa y por su boca se atisban las ascuas del tabaco. «¡Cuenta más! ¡Cuenta más!... ¿Y luego? ¿Qué pasó luego?».

Ya nadie recuerda la Navidad ni el árbol. No, hasta que, de pronto, desde el piso de abajo llega la voz de la hermana que grita hacia el desván, que suena a hueco: «¡Niños, yuju!... ¡Ya se puede bajaaaar!». La cama es un hervidero de cabezas y piernas, de la cazoleta de la pipa vuela al suelo un poso candente de tabaco, una silla vuelca, la puerta queda abierta de par en par y, antes de que yo alcance a cerrarla, ya corretean escaleras abajo y cierran de un portazo la puerta de la planta baja. Entonces, me pongo una camisa limpia en honor a la fiesta, y al poco acudo también.

Qué tiempos aquéllos, tiempos que hace mucho existieron y se fueron. Los padres han muerto, las hermanas y hermanos andan dispersos por el mundo, y quién vivirá ahora en mi antiguo cuarto del ático.

Es una sensación turbiamente sombría la atracción por la soledad, vuelve a ser Navidad, pero no hay nadie con quien pasarla, nada más que esta inmensa ciudad con sus millones de habitantes, de los cuales ni uno sólo me conoce y yo a ni uno sólo de ellos. Me preparo empero con cierto agrado para vagabundear solo esta noche.

Observando por la ventana y recordando unos y otros acontecimientos de mi anterior vida, me visto con lentitud. Me concentro en la camisa limpia, en los cuellos y puños recién brillantados, arreglo la corbata con esmero y saco del estuche mi sombrero de copa de seda, limpio su pelusa con una brocha de terciopelo. Guantes en la mano y bastón con empuñadura de plata.

El aire es claro y fresco. Bajo de inmediato hacia los Grands Boulevards. Más animado de lo habitual inunda ahora el gentío las calles. Los pasos y movimientos de las mujeres parecen más ágiles que otrora, y la marcha de los hombres es enérgica y vigorosa. Se oye el ruido con claridad, cual torbellinos de un rabión en tiempo sereno, y las fustas de los cocheros restallan alegres, como si jugaran. Los pequeños coches ligeros y los impetuosos golpes de los cascos de sus caballos forjan el empedrado como mazos en una fábrica, al tiempo que carros de carga inmensamente enormes, tan altos como inmuebles, y con sus caballos delante, grandes cual elefantes, consiguen un retumbar que recuerda al ritmo estruendoso de un gran martillo pilón. Y de todo ello brota una única gran voz, que comienza con el estrépito de las ruedas, acelera con el resonar de los cascos, rebota con el silbido de la locomotora lanzando un grito al cielo, y logra chispas de los restallidos de las fustas y se alza entre dos tabiques en forma de grueso, poderoso bramido. A veces, hay obstáculos, el camino se obstruye y así se desborda esta marea que irradia y grita, retrocede a la fuerza y también las calles adyacentes hierven de vehículos parados, de cabezas de caballos y gorras masculinas negras. Hasta que se resuelve el atasco y se precipita todo hacia delante con acrecentada velocidad, fuerza y ruido.

Pero en los Grands Boulevards, adonde paulatinamente me dirijo serpenteando, ha desaparecido el ruido. Los carruajes han pasado a la superficie de madera y se deslizan mudos: la rueda no emite sonido alguno al girar y sólo se escucha el oscuro sonido de los cascos, como si tuvieran los caballos un calcetín de lana en las patas. Ese silencio contiene, sin embargo, un ímpetu que causa escalofríos. Cada punta de

los nervios se afila y cada miembro se tensa en guardia, igual que en una fábrica donde una rueda motriz rota rugiendo furtiva, y resbaladizas correas de caucho giran zumbando de un eje a otro. Ya no hay caballos individuales ni carruajes individuales. A ambos lados de la calle sólo existe una única fila cuyo extremo no se ve.

Aunque en cierto modo todavía hay claridad, las luces ya se han encendido en el interior de las tiendas, almacenes y cafés. Las puertas se abren y cierran sin cesar, y a través de ellas humean voces de personas, ruido y trajín apresurado hacia el aire fresco del exterior. Las ventanas de los orfebres destellan joyas; anillos, pulseras, relojes, broches, candeleros y lámparas se multiplican, reflejándose de espejo en espejo. Los objetos de seda resplandecen bajo las luces eléctricas que se intensifican con ayuda de prismas de cristal. Los grandes bazares están abarrotados de arriba abajo con juguetes. Las librerías rezuman libros y papel cual coladas de lava hacia las aceras. Las camiserías se asemejan a castillos de nieve donde se amontonan blancas camisas, de paño, lino y tafetán.

Están ahora todas repletas de público comprador. Delante de mí camina una madre con sus dos niñas. Las sigo de escaparate en escaparate, de puerta en puerta y me detengo con ellas a observar. La madre se ve constantemente obligada a comprar algo de lo que con el dedo señalan sus pequeñas. Cargadas de paquetes, las tres traspasan por fin la puerta que, adivino, es su vivienda y suben por las escaleras, y hasta la calle llega, hasta la puerta donde estoy parado, el eco de la risa alegre de las niñas.

Ya se encienden las bolas eléctricas en medio del bulevar, y al borde de las aceras a ambos lados de la calle arden farolas de gas más oscuras. Pero el último reflejo del día aún vence a sus luces y parecen ojos deslumbrados que todavía no están acostumbrados a ver.

Voy a parar a un café de ventanales decorados con coloridas imágenes, igual que en una iglesia medieval. En la puerta me recibe una exhalación casi hogareña. Una estufa de hierro en mitad de la sala extiende un afectuoso calor en derredor. Un camarero se apresura a recibir mi abrigo y mi bastón. Me señala un agradable lugar en el sofá delante de la ventana y me trae para leer el periódico vespertino más reciente.

Pido absenta, esa bebida de olvido y ensueño que tiene el poder de correr despacio un velo tras otro delante de los ojos. Las bolas eléctricas de la calle ya ganan a la luz del día, exhiben ahora un resplandor más cálido y es como si derramaran una neblina aterciopelada azul a su alrededor. Vagones de ómnibus, grandes caballos blancos, anuncios color rojo encendido ruedan ante las ventanas. Rojo, azul y blanco se entremezclan y esa mezcla está en continuo movimiento. Pero el quiosco de prensa no se mueve, ni tampoco el árbol negro del bulevar, ni el poste de la farola de gas.

No tengo ganas de leer el periódico. ¿Por qué no he venido antes aquí, en mis tardes para soñar, al borde de esta corriente hormigueante... sí, verdaderamente al borde de una corriente... a este fabuloso castillo de cuento...?

Pero más arriba, arqueándose sobre la fila negra de inmuebles, hay un cielo cristalino traslúcido. El resplandor del atardecer no se ha apagado del todo. Es pálido y frío conforme se hunde hacia el horizonte del bulevar, y se torna más claro al descender. Pero para mí no concluye allí, continúa en forma de gran bóveda celeste arqueada hacia el Norte, cada vez más y más allá. Y cuanto más al norte va, a través de los mares y sobre las montañas, más frío se torna y las estrellas se inflaman y titilan. Allí en Finlandia, allí crea ahora un frío crepitante. Muerde la nieve y la vuelve quejicosa y seca, y cruje en los rincones. En Helsinki, los árboles de Esplanadi están blancos de la escarcha, los hilos telefónicos cuelgan gruesos y envueltos en vaho, de las chimeneas se elevan espirales de humo blancas y las campanillas de los cocheros tintinean...

¿Quién es esa que allí camina contoneándose, balanceando una tupida boa que le llega por debajo las rodillas? Las mejillas se arrebolan cuando se detiene un instante delante de la ventana iluminada y sus pestañas están escarchadas. Esa tez fina, fría... si se pudiera rozar con los labios...

¿No podría acaso una vez? Estoy seguro, no me precipito ni me preocupo. Espero mi momento. Un día habré de encontrar mi suerte, yo también.

Esa absenta de olor delicado lo causa... pero las ondas de mi mente, de súbito, han cambiado. Para mí ya no son esta vida ni este París los mismos de antes. En mí se desborda la alegría y le hace bien a mi espíritu. No he sabido apreciarlo antes como es debido. He temido esta ciudad cual monstruo de cien cabezas, y es, en verdad, una belleza afable, de ojos tiernos y tez fina, que se ofrece a tomarte del cuello, está preparada para mimar y arrullar y acariciar con seda.

Otra vez a la calle. Y me parece que aquí en todas partes bulle la pasión, un sentimiento ardiente y la alegría de vivir, como de calientes fuentes subterráneas. El desarrollo del siglo brota a chorros por el aire en todas partes y desciende cual fina lluvia sobre el entorno, refrescando y reanimando cada lugar. Y el colmo de todo, ese ramo de espuma a cada instante veleidoso, está en esa parisina que se cruza por todas partes, armiño liviano, ardilla de movimiento animado. Es linda como una criatura y digna como una reina. ¡Qué melosa dulzura en sus movimientos y conversación! ¡Qué plasticidad en su paso! ¡Cuánto puede saber amar y acariciar y entregarse a quien la ha ganado!

Comienzo a entender la simpatía de los franceses por París. Comprendo su añoranza de la patria en cuanto no ven estos Grands Boulevards coloridos, los ventanales iluminados de los cafés, el paso de los vagones del ómnibus, tan pronto como no sienten bajo sus pies ese asfalto donde resulta sencillito caminar y escuchan los gritos de los vendedores de periódicos. Comprendo muy bien cuánto se puede caminar así, horas enteras, ida y vuelta, e imaginar ser el centro del mundo.

¿No podría acaso yo también fundirme y acostumbrarme a esto el resto de mis días? Es bella Finlandia y su horizonte despierta sentimientos apacibles y puros; pero son tan tibios, tan débiles. En verdad, existe allí la luminosidad de la medianoche,

pero en el aire se mueven siempre esas frías, heladas corrientes que exhalan los pantanos permanentemente congelados.

*Allí tan profunda es la sombra
de alisos, de abedules;
y los bosquecillos brillan de oro,
y las olas frescas.
La dicha es allí deliciosa,
a su amor ama,
allí nace la fidelidad
y eso añora.*

Pero aquí hay incandescencia y animación y vida generosa. Aquí podría pasar por joven también un viejo, rejuvenecer y disfrutar de la vida más tiempo que en otro lugar.

Se mete Anna de nuevo en mi mente y los consejos de su hermano. Y creo, medio me pregunto, qué efecto causaría en mí ahora si la viera aquí, en la calle, al lado de estas otras. ¿Sería posible que no fuera para mí como la he imaginado durante largo tiempo? ¿Quizá más lánguida, más insignificante? ¿Y si lleva el hermano razón?

No pienso más en ello. Camino delante de la gran ópera, giro y desciendo por la Avenue de l'Opéra y paso junto el Théâtre Français. De allí paso bajo las bóvedas del Louvre al vetusto jardín del Palacio Real, en cuyo centro hay una columna de hierro, alta como palo festivo, y de los extremos de dos travesaños cuelgan grandes lámparas eléctricas redondas que derraman una luz quimérica. Cruzo el Sena por un puente y me detengo un instante a seguir esos pequeños barcos de vapor cuyos farolillos de proa rojos se reflejan en el agua cual luces de pesca.

Me he deshecho por completo de mis preocupaciones. Tengo uno de esos raros días de completa calma espiritual en que no pienso más que en la existencia fugaz. A veces me ha ocurrido que al llegar a casa por la tarde de un día semejante ha aparecido sobre mi mesa un cable o una carta esperada. Un mal presentimiento me sobresalta al momento, y cuando, con mano temblorosa, se ha roto el sello, se puede leer algo que durante largo tiempo no se ha recordado, cuya llegada tal vez se ha temido, pero ya olvidado por completo. Y esos momentos pueden ser, sin embargo, los virajes más decisivos de la vida.

Tras cenar en el restaurante Duval, en la margen izquierda del Sena, regreso por el mismo camino y hago una breve visita al café Régence, para ojear allí periódicos finlandeses.

Hallo mi familiar café casi vacío. Los camareros están de pie desocupados y las mesas de billar guardan silencio bajo sus cobertores. Los habituales del café están naturalmente en casa, con sus familias. Y es que cualquiera que tiene un amigo o un

conocido se ha unido a su compañía para esta noche. Sólo algún que otro caballero de edad está sentado leyendo el periódico y fumando en pipa. Quizá sean extranjeros, quizá de aquellos para quienes el café constituye el único hogar, igual que para mí.

A poca distancia de mí, al otro extremo de mi misma mesa, hay un hombre más joven. Ya estaba al entrar yo. Ha tomado su café y aparenta esperar. Está inquieto y consulta a menudo su reloj. La hora acordada, al parecer, ya ha pasado. No obstante, tiene aún paciencia y se prepara un cigarrillo. Al cabo de un rato por la puerta acristalada veo a una mujer que cruza apurada la calle por delante de un ómnibus en marcha y corre directamente hacia aquí. Ahora repara en ella también el caballero, se alegra y tintinea al camarero para pagar. La mujer se desliza en el café y se dirige hacia él. Discuten un poco, se explican, se comprenden y salen cogidos de la mano.

¡Imagínate si también tú tuvieras a alguien a quien esperar así! ¡Piensa que fuera *ella*, que a ella precisamente estuvieras ahora esperando! Sin mirar a los lados, ella caminaría con pasos rápidos por el bulevar, giraría junto a la ópera. Ahora ya estaría a ese lado de la plazuela abierta, la Place du Théâtre Français. Espera que pasen los carruajes para cruzar. No la veo, está detrás de aquella fuente...

—Buenas noches, ¿también tú estás aquí sentado solo?

Quien posa su mano sobre mi hombro es un finlandés conocido que ocasionalmente me encuentro aquí.

—¡Vaya, mira por dónde! Bueno, ¿qué tal estás?

Su compañía no me agrada mucho, y tampoco tiene ninguna novedad que contarme. No sabe más de lo que los periódicos cuentan, que en casa se viven tiempos amenazadores y que se habla de arrebatar nos nuestros sellos de correos y nuestra moneda propios. Por supuesto, es triste y ambos sacudimos la cabeza y suspiramos. Sus relatos me recuerdan que allí hay finófilos y suecófilos, que en estos instantes luchan por los cargos públicos. Él es finófilo y los suecófilos intrigan en su contra.

No tenemos mucho más en común, desaparecemos el uno para el otro, encorvados detrás de nuestros periódicos.

—¡Mira, vaya por dónde! —dice de pronto—. Y allí en casa sólo se prometen.

—¿Quién se ha prometido? —pregunto sin interrumpir la lectura.

Me extiende el periódico, en su primera página leo en grandes letras el anuncio:

ANUNCIO DE COMPROMISO:

ANNA HJELM
TOIVO RAUTIO

—Oh, vaya —escucho decir a mi voz.

—Tú eras conocido de la familia Hjelm, ¿quién es ese tal Toivo Rautio? ¿Es de los Rautio de Ostrobotnia?

—A él no lo conozco.

—Pues ha caído rápido la muchacha. No la conocía más que de vista. Era una joven bien bonita. La veía en el teatro y a veces suscitaba interés en Esplanadi, en compañía de su hermano.

—*Garçon!*

—Pero ¿ya te vas?

—Tengo que ver a un conocido.

Veo una larga fila de farolas que se funden en una calle en la lejanía. Oigo el retumbar de las ruedas de los coches y el repicar de los cascos de los caballos. Delante de una tienda se derrumba una reja de hierro. El hastial de un edificio lo recorren en grandes letras de latón las palabras: HÔTEL DU LOUVRE. A la izquierda un gran edificio, un bloque oscuro como boca de lobo, negro, lúgubre. Una esfera de reloj iluminada en lo alto de una columna. Sus manijas son una sola.

Ahora están sentados allí en el cuarto de Anna, en su pequeño diván. En la habitación no hay velas. La única luz es la que del salón penetra por la puerta entreabierta. Si ella saliera, su flequillo estaría en desorden y las mejillas encendidas.

Camino y camino, sin pensar adonde voy...

En medio de un lugar espacioso, al borde de un aljibe, hay un grupo de limosos, verdosos duendecillos de agua. Cabeza humana y cola de pez. Centellean humedad y a la luz de la candela parecen burlarse y mofarse.

¡Adonde demonios! Allí está el puente del Sena y el frontón de la Asamblea Nacional. ¡Pero si ésta es la Place de la Concorde!... ¡Y yo vivo en Montmartre!

—¡Eeeh!

La rueda de un carruaje que viene por detrás me roza la manga. Apenas alcanzo a retirarme. El cochero me gruñe algo encolerizado.

¡Si tú no, pues yo tampoco!

Y la amenaza pronunciada la noche de mi partida comienza a crecer en mí y sigue aumentando conforme me aproximo a Montmartre. Rápido cruzo las plazas y camino a lo largo de muros de sombras negras. ¡Gracias a Dios que finalmente todo se ha aclarado! ¡Bien que por fin se quebró el último hilo! ¡Bueno, ahora ya no opondrán resistencia las viejas raíces! ¡Hunde el tronco en nuevas tierras! ¡Golpea así, que el entorno explote, y desconcha la vieja corteza!

¡Qué necios son! Pongamos el anuncio en el periódico. ¡Y cuántas veces nos burlamos juntos de esos anuncios de compromiso! Sólo faltaba que el compromiso del hermano estuviera al ladito, en letras igual de gruesas. ¡Tal vez estaba y todo! ¡Qué conmovedor, el hermano y la hermana!... ¡Y la boda el mismo día, naturalmente!

¡A mí no se considera necesario anunciarme nada! ¡Para qué molestarse! «¡Si se puede leer en los periódicos!». Como es natural, estamos encantados con el prometido y yerno.

He recorrido la rue Blanche, que serpentea entre edificios de aspecto frío. De pronto se abre ante mí en lo alto de la pendiente de Montmartre el Moulin Rouge,

cuya existencia he olvidado. Brilla más rojo que nunca antes. Sus aspas rojas, provistas de pequeñas luces eléctricas, graznan a ritmo pausado, invitando con gestos a acercarse ya desde lejos. Las luces rojas titilan en las ventanas y la puerta de abajo, entre las patas del molino, es también roja.

Desde todas las direcciones se apresura gente hacia allí. Caminantes solos y grupos se apuran desde el bulevar y desde las bocas de las calles adyacentes hacia el molino. Los carruajes se detienen delante, uno tras otro, apartándose rápido para dejar paso a los demás. Cual incesante sima, atrae y engulle el molino a la gente en sus entrañas. Van habituados, seguros y contentos, riendo mujeres y hombres, igual que en la imagen en el muro de una iglesia donde la humanidad jubilosa baila en un ancho sendero hacia una gran puerta directa al infierno.

¡Allí también yo, justo allí... para Nochebuena! ¡Loco de mí, que no lo he hecho ya antes! Necio, casi severo, he pasado de largo por este lugar de alegría. Y he trepado como un pobre pietista austero de encorvada espalda las angostas escaleras de caracol de mi apartamento, hasta la sexta planta, a mi reino de los cielos. ¿Para qué? ¿Y con qué propósito?

Me detengo a la entrada, observo a los transeúntes. De un carruaje asoman la cabeza y la rodilla de una mujer, y un pequeño pie roza la acera. La seda de su capa murmura y sobre la coronilla se pavonea un diminuto sombrero de terciopelo, en la curva del pelo.

—*Oh! Oh! Comme c'est chic!* —exclama un grupo de pie más allá.

Dudo si entrar con ellos. ¿Y allí, en realidad, qué? Pero un policía me insta a que me marche o entre. Cuando la puerta se abre, se oyen fragmentos del ritmo del baile y eso me arrastra consigo de un tirón, casi en contra de mi voluntad.

Estoy en lo alto de la escalinata que desciende, amplía, al salón de baile. Mi mente recuerda los cuentos largo tiempo olvidados de *Las mil y una noches*, festines clandestinos, castillos dorados y palacios de cristal en el interior de montañas hacia los que no existen senderos pero a los que Sésamo abre la puerta.

El techo decorado con pinturas atrevidas se eleva sobre mi cabeza. Banderas y banderines cuelgan en abundancia, oscilando levemente. Veo cavernas, bosques verdeantes, y a primera vista no reparo en que las paredes están cubiertas en parte de espejos en parte de pinturas. No sé qué es real y qué reflejo. Veo columnas altas e incontables luces eléctricas.

El gentío que se apiña sobre la pista parece llenar una espaciosa área que alcanza hasta donde se pierde la vista. Cada vez son más y más pequeños. Se mueven y fluyen con la melodía, meciéndose por allí y meciéndose por acá en las corrientes del vals. Las altas torres de los sombreros de copa resplandecen y centellean, y por todas partes el ojo se entretiene con cuellos blancos, corbatas, hombros desnudos y un cuello femenino pavoneante que un instante se demora en un punto, da una vuelta y al poco desaparece de nuevo en la multitud. La música es triste y, de pronto, la melancolía me retuerce el corazón. Es como si me debilitara, me agoto, las piernas

me tiemblan. Casi podría llorar. Pero en el murmullo general destacan gritos estridentes de alegría y se eleva una risa tintineante. Las parejas giran apretadas, uno contra otro, hombres y mujeres, pecho con pecho, casi como un único ser. Las gorras caídas en el cogote, los talones se elevan en el aire, faldas blancas revolotean bajo las negras, una patada que sube a la altura de la cabeza descubre un zapatito de seda y una media roja por encima de la rodilla...

El ambiente es cálido y fogoso. Su efluvio flota en densas olas... y contiene sudor aderezado con perfume... como un humo que asciende del horno de las pasiones humanas ardientes.

Desciendo y me sumo al grupo. Veo ojos chispeantes y siento la seda crujiente, brazos tiernos y hombros redondos me rozan al pasar.

Vago de un extremo del salón a otro, aguardo de pie entre los grupos de quienes bailan y trato de estirar el cuello a uno y otro lado para ojear los ágiles movimientos de brazos y piernas, torsos y cuellos.

Y por primera vez en mi vida me entra el deseo de entregarme a la vida *por completo*, a disfrutar *plenamente* de lo que el mundo puede ofrecer. Quiero abandonarme, deslizarme por la superficie inclinada, pulida, embelesarme y embriagarme. Y no temo despertar, como antes. ¡Que me tome la vida, que me exprima París hasta morir mientras primero me acaricie y sostenga en sus brazos! ¡Al fin y al cabo, cuento con recursos, puedo organizar mi propia boda, pagar los gastos de mi luna de miel! Que me lleve la corriente, me balancee en los rápidos, yo agito mi gorra en señal de adiós a amigos inexistentes, a la patria, a sus costas tranquilas, bosquecillos de alisos, abedules, álamos temblorosos y oscuras junglas. ¡Y no quiero oír el estruendo de los rápidos, ni saber de la amenazadora muerte!

¡No siento ganas de lamentarme toda la vida! ¡Tengo derecho a mi propia vida! Quiero disfrutarla, antes de que mi sangre se hiele por completo y yo me anquilese ante el frío de mi vejez, que se acerca. Esta noche deseo besar y abrazar yo también, y compensar las penurias de años pasados.

Penetra en mis venas poco a poco este aire. Respiro ávido su voluptuosidad. Cobro valor y seguridad en los ojos, comienzo a tantear y examinar, comienzo a elegir en el grupo cuerpos, a buscar rostros que me agraden. Cobro la seguridad de experto de años pasados y los deseos largo tiempo desaprovechados se despiertan de nuevo. No me propongo interesarme por la primera que llegue. Rechazo a una, dudo con otra, tengo ganas de una tercera durante un momento, pero la abandono a ella también. Aquélla va demasiado pintada, ésa posee una palidez que despierta recelo, la zona de la boca de aquélla es muy obscena y aquellos ojos no lo bastante sabrosos. Para mí he de encontrar la más fina de las fragancias, lo mejor que haya aquí. Delante de mí ha pasado varias veces una mujer con aspecto serio. Su cuerpo es impecable y generoso, rasgos limpios y elegantes, casi noble. Al mismo tiempo, su apariencia es benévola y amable. No lleva el rostro empolvado y sus labios son frescos. El traje es

sencillo y oscuro, y en el lazo del manguito aterciopelado hay enganchada una inocente violeta azul.

Ella no participa del baile, y no parece tener compañía. Pasa una vez delante de mí y parece rozarme por descuido con el codo. Desaparece entre la multitud y me giro de nuevo a observar a los danzantes. Pero cuando cesa la música y el círculo se disgrega, aparece de nuevo detrás de mí, y cuando paso de largo a su lado me mira directamente y yo miro sus grandes ojos; en mi opinión, los más bonitos que jamás he visto.

Se va, pero ahora soy yo quien la sigue. Tal vez no es una de las habituales, tal vez está aquí por casualidad. Y me imagino una aventura con una parisina más elegante de lo habitual, sobre las que a menudo he leído en las novelas.

No la aparto de mis ojos y, cuando se detiene, me quedo de pie tras ella.

De manera natural, sin más preámbulos, se gira hacia mí y pregunta:

—¿Usted no baila?

—Desgraciadamente no.

—Yo tampoco. ¿Tendría usted la amabilidad de ofrecerme algo de beber?

Me toma del brazo y nos acomodamos en una pequeña mesa redonda, junto a la pared del salón. Le pregunto qué desearía beber.

Tiene sed y dice que no desea más que cerveza.

Cuando el camarero se marcha a buscarla, se produce un silencio. Saco mi pitillera y le ofrezco. Toma uno, pero rechaza el fuego. Lo oculta en su pecho y dice que prefiere fumar en casa.

—¿Usted, naturalmente, vendrá a mi casa esta noche?

Cuando se lo prometo, aprieta su rodilla contra la mía bajo la mesa y bebe a mi salud.

—¡Ah, qué sed tengo! —Y vacía la mitad de un trago.

—Es usted muy gentil, me gusta —dice—. Se quedará toda la noche a mi lado, ¿verdad?

—Toda la noche.

Apura el vaso y nos vamos. Comienza a sonar de nuevo ese vals triste, quejumbroso. Al subir por las amplias escaleras miro el grupo negro, de nuevo en ondeante movimiento. Veo al otro lado de la sala el escenario de los músicos, los gestos de los violinistas y la cadencia de la mano del director.

¿Por qué, de pronto, vuelvo a sentir ganas de llorar? ¿Por qué todo parece tan triste que se derrite el corazón? ¿Por qué siento deseos de alejarme de aquí?

Pero ella se enrosca fuertemente en mí, y no suelta mi brazo ni para tomar su paraguas del guardarropía.

Mientras, fuera ha comenzado a llover. En la puerta abre su paraguas, me deja que lo sostenga y, tras recogerse la falda con la mano derecha, con la izquierda se agarra de mi brazo.

La lluvia es fina y chispeante. No ha formado un lodazal pero una fina suciedad se extiende por todas partes y nos hace resbalar a cada paso. Las farolas y las lamparillas de los vagones en movimiento se reflejan en la húmeda calle como en un cauce sereno. Los cascos de los caballos chapotean al igual que por el hielo rugoso y aguado.

Avanzamos en zigzag bajo el mismo paraguas. Ella guía todo el rato y tira de mí. Pregunto si vive lejos pero me asegura:

—¡Muy cerca, muy cerca!

En una esquina de la calle desea que la bese.

—¡Bésame, amigo mío!

Sale un poco torpe, pero en sus mejillas asoma una dulzura extraña, la tez es fina contra mis labios y la beso otra vez sin que me lo pida.

Y como la llama de gas, de pronto, arroja su luz bajo el ala de su sombrero e inciden las sombras, cuando levanta sus ojos hacia mí, creo entrever los rasgos de Anna. La misma mejilla, el mismo mechón junto a la oreja.

Me habla sin parar mientras caminamos, canturrea, me arrastra hacia sí. Pero no camino ya con ella, camino con otra. Con ésta me detengo delante de una puerta y su mano enguantada tira del botón de latón de la campanilla. Tenemos allí arriba, en la sexta planta, un pequeño hogar, dos estancias y cocina, pesadas cortinas en puertas y ventanas, está la alcoba y mi mesa de trabajo y su mecedora al lado. Y mientras espero a que se abra la puerta de entrada, en un abrir y cerrar de ojos, iluminado por la luz de un fortuito relámpago, recorro todos mis deseos más hermosos, todos mis sueños y fantasías, como se dice que un moribundo hace antes de que el espíritu escape de él.

La apertura de la puerta me despierta. Ella se desliza en el corredor y recoge una vela de la portería, sube delante de mí las escaleras, arrastrando la falda, y yo sacudo la humedad del paraguas.

Su cuarto parece decorado con elegancia. Un cómodo, ancho sofá; grandes, suaves butacas; pesados, sólidos cortinones delante de las ventanas y de la alcoba. Una iluminación, en cierto modo, acogedora, a través de la pantalla de la lámpara.

Me he despojado de mi abrigo y me he estirado en una butaca.

Está atareada como una anfitriona en su casa, enciende la chimenea, allí trajina de rodillas, ordena la mesa, prepara la cama y, siempre que pasa a mi lado, me prodiga una caricia. Ha cambiado el vestido con corpiño sumamente estrecho por un holgado peinador y ha arreglado delante del espejo su enmarañado pelo, atándoselo por el centro con una cinta roja. Ahora creo distinguir también en su cuerpo y en la postura de la cabeza algo familiar y similar.

La invito a mi lado, me echa los brazos al cuello, se acomoda sobre mis rodillas, me besa en la frente y sostiene mi cabeza entre sus manos, como si supiera qué añoro y qué pienso. Me admira cómo acierta a ser tal y como deseo.

—Bueno, pero ¿por qué estás tan triste? —pregunta.

No es ninguna tonta. ¡Qué experiencias tendrá! ¡Cuánto sabrá de la vida y la gente! ¡Cómo habrá aprendido a despreciarlos mientras vive a veces con uno, a veces con otro! Se habrá enamorado impetuosa y desgraciadamente ella también, quizá la han traicionado y a su vez habrá pisoteado a otros. ¿Y dónde concluirán sus días?

—¿Por qué me miras de una manera tan extraña? Dime, ¿por qué?

—Es que eres tan bonita...

Pretende tener frío, quiere que nos acostemos. El peinador cae sobre la alfombra, ella se desliza en la cama y me invita a que vaya enseguida.

—¡Pronto, pronto, date prisa!

Y deja que sus hombros tiemblen de inquietud bajo la manta.

En ella no hay crudeza ni obscenidad. Es tierna y buena y amable y desea seguir reteniéndome a su lado. Asegura que se sintió atraída por mí al instante. No puede ser que me vaya enseguida y la abandone. Toda la noche, hasta la madrugada quiere dormir a mi lado. Y nos envuelve en la manta y busca un refugio sobre mi pecho. Tengo que venir a menudo, ella está en casa cada día. Puedo venir cada día y en cualquier momento. Mañana mismo a tomar el desayuno ¿verdad?

No me repugna, cosa extraña.

La observo allí donde descansa, la cabeza sobre mi brazo izquierdo. Y vuelve a parecerse a Anna. Tal vez ha empezado a pensarlo porque *busco* en ella semejanzas, pues deliberadamente quiero engañarme a mí mismo y convencerme. Y al hacerlo siento un cierto deseo de venganza, con mano despiadada trato de obligar a ésta a reemplazar a la otra. Escuece, pero me deleito.

Así me la había imaginado a ella a mi lado, así había deseado vagar con mis dedos por su pelo, así acodado, y observando así de cerca su rostro, sus más pequeños rasgos, frente, cejas, punta de la nariz, boca y cuello. Y así, acaso, habría centellado la luz de la lámpara en sus también negras y húmedas pupilas.

De nuevo pregunta por qué la miro de un modo tan extraño y digo que se parece a una mujer a la que hace largo tiempo amé.

—¿Era bonita?

—No tan bonita como tú.

—¿La amabas?

—Sí, un poco, pero ya pasó.

—¿Te amaba a ti?

Y sin ningún motivo me invento una historia, que me fue infiel y que la descubrí en brazos de otro.

—¿Os batisteis en duelo?

Habíamos esgrimido espadas, yo lo había herido en la mano.

—¡Te vengaste! Por mí también se han batido en duelo —dice distraídamente, y pregunta si aún la amo, a esa otra.

—No, ahora te amo a ti.

—Sí, por un instante sólo.

—Creo que podría amarte largo tiempo incluso, si estuvieras en Finlandia.

Me pide que la lleve a Finlandia, está harta de esta vida, no le fascinan los cafés ni los bailes. Desearía marcharse, marcharse lejos de París.

—¿Entonces por qué vives así?

—Tengo que hacerlo.

Y ambos nos entregamos por un instante a esa ilusión de que viajamos juntos a mi país. Ambos sabemos bien que nada de eso ocurrirá, pero los dos simulamos creerlo y nos entusiasmos al menos de imaginarlo posible. A ella nada la ata aquí, no tiene ningún amigo de verdad. Y navegamos cruzando el mar, por el día caminamos por la cubierta, nos sentamos donde más caliente brilla el sol, y por las noches dormimos así en el mismo camarote, en el más elegante que hay en el barco. Somos como recién casados.

—¡Así, así, jugamos a los recién casados!

Y cuando llegamos a Helsinki, digo que es mi esposa y cuando caminamos por los bulevares...

—¿Hay bulevares también en tu país?

—Sí, allí también hay bulevares...

Y todos se giran a mirarla, preguntan quién es esa mujer, tan hermosa y vestida con tal elegancia, tan *chic*.

—¿Crees que despertaría atención allí?

—Sí, mucha.

—Llévame allí, querido, mi tesoro... Partamos mañana de inmediato... ¡mañana mismo!

En verano vamos al campo, ¡tenemos allí una villa!

—Sí, sí, una casita... como en la campiña...

Y pescamos y remamos y navegamos.

Ella ha remado en el Sena, tiene un traje para pasear en barca, se lo llevará consigo.

Y así la colocaré en todas partes, en la misma posición que antes, en mis pensamientos, en mis excursiones solitarias y silenciosos momentos nocturnos en mi cuarto en la azotea había colocado a Anna, en los que ella ha enraizado y de donde ahora la arranco, tratando de desgarrar los tejidos sensibles de mis estados de ánimo más delicados. Y me siento satisfecho por ello, disfruto de *poder* hacerlo. Y al pensar en mi amor por Anna y en la manera en la que ahora trato mis sentimientos, comienzo a desdeñar su debilidad y me digo a media voz: «¡Bah, así que era eso! ¡Y en verdad no ha merecido la pena!».

Pero luego comienzo a fatigarme y desearía dormir, alejarme de todo esto. Apago de un soplo la vela, pero siento que aún no puedo dormir. Comienzo a ponerme nervioso, su cabeza me oprime el brazo como un pesado tronco y su respiración atraviesa la ropa y me quema el costado. Desearía que se marchara al otro lado de la cama y respirara hacia la pared.

Mientras pienso cómo sugerírselo sin ofenderla, ella misma lo sugiere. Cuando sospecho que lo hace sintiendo el mismo hartazgo hacia mí que yo hacia ella, empieza a molestarme todo esto, y cuando recuerdo lo que acabo de hablar, una sensación de irresistible repugnancia me causa escalofríos y me alejo de ella tanto como permite la cama.

Comienza pronto a respirar a la manera del durmiente, y yo también trato de que mis ojos concilien el sueño. Pero el entorno desconocido, la actividad nocturna en la calle y el traqueteo de carruajes me lo impiden. Oigo voces y pasos en la escalera, charla de hombres y mujeres en la habitación de al lado y risa contenida. Pero lo que más me perturba de todo es su presencia. Temo que se despierte y me acaricie y simulo dormir cuando la oigo moverse.

Por fin me sumo en un semiletargo. Pero apenas ha comenzado cuando empieza a atosigarme una terrible pesadilla. Sueño que la vigilo a ella, a ella que duerme a mi espalda. Creo que está en vela y aguarda a que cierre los ojos. Acecha la oportunidad para acercarse sigilosamente a la silla donde está mi ropa y todo mi dinero. Mas esa a quien vigilo no es ella, es Anna, una mezcla de ambas. Espera la oportunidad para robarme el dinero.

Trato de obligarme a mantenerme despierto, pero no tengo fuerzas y caigo rendido. Me sobresalto porque entretanto se haya levantado. Me despierto gritando de manera extraña, me he sentado de un brinco.

—¿Qué te pasa? ¡Déjame dormir! ¡Quiero dormir!

No me atrevo ya a dormir, no quiero de ninguna de las maneras que se repita tal sueño. Y paso largos instantes allí en vela, escuchando el reloj que martillea sobre la chimenea de mármol y da las horas y las medias. Toda la miseria de esta vida, toda la desgracia de mi destino me oprime y hostiga. Y no se trata sólo de mi infortunio sino del infortunio de la humanidad entera, que en este momento parece desear estallar a través de mí en un alarido de lamento por eso roto y retorcido por lo que ahora sufro. ¡Cuán sucio, inmundo y falaz es esto! ¡Y yo que por un instante había esperado que me brindara olvido y consuelo!

Y constantemente veo a Anna delante de mí. La veo ahora, esta noche, en su casa, durmiendo en su cama el sueño tranquilo de su inocencia, en su habitación decorada virginalmente, donde brilla una limpia luna pálida, en la ventana resplandecen imágenes de escarcha y fuera hay un paisaje nevado de noche de luna. Nunca, nunca, ¡está para siempre acabado, para siempre perdido!

Pero al poco mi compañera comienza a quejarse en sueños. Llora, gime y lanza quejidos, ella, en las garras de una pesadilla también. Quién sabe lo que ve, lo que sufre y si son sus sueños tal vez aún más terribles que los míos. Y siento una infinita lástima por ella, e imaginando el infortunio común la despierto y la tomo en mis brazos con ardor y la ternura de la desesperanza. Medio dormida me aprieta contra sí:

—Te quiero... te quiero... tuve una pesadilla... ¡bésame!... ¡bésame!...

De dormir está cálida y ardiente y se aferra medio enloquecida de ternura a mis mejillas. Y yo olvido de nuevo mi pasado, no deseo recordarlo, tengo que librarme de él.

La vela arde muda y brilla uniforme. He bebido un vaso de cerveza y encendido un cigarro. Tumbado y fantaseando despierto, en un estado anímico extrañamente lúcido y transparente, el cuerpo y el alma en efímero balance armónico entre relajación y agotamiento, pienso casi con asombro en mi afecto hacia Anna y en todos esos ahora infantiles estados anímicos que a causa de ella he vivido últimamente. De pronto, no me parece ser más que aquella muchacha pequeña de mi época de bachiller que encontraba de camino al colegio y que no era para mí más que un pajarillo familiar que sólo distinguía de los demás porque con frecuencia se cruzaba volando en el camino. Me pregunto a mí mismo qué ha sido, en realidad, ese tormento al que por su causa me he entregado. ¿De verdad he podido ser tan inmaduro, tan atrasado? Imaginar, de pronto, un amor primoroso, ideal, familia, hogar y felicidad conyugal, en la que hace años que ya no creo. ¿De dónde ha surgido, de repente, esta recaída en las viejas enfermedades? El mundo es realista y crudo, hay que aferrarse a él brutalmente igual que una ortiga que quema la mano que la acaricia con suavidad.

Empieza a clarear. Hace ya tiempo que se ha quedado dormida y esta vez en calma. El fuego de la vela amarillea y palidece, y la luz del día penetra a través de las cortinas. Anoche parecían de sólida seda y terciopelo, ahora están, por varios puntos, hechas jirones y raídas y la urdimbre brilla entre ellas. Me levanto y las aparto de la ventana. La funda del sofá está deslucida, las alfombras y manteles resultan viejos y gastados. Con la fuerza implacable de su realidad, el sol da de lleno en la cama. Reposa ella allí de espaldas, blanda, y la cabeza sobresale hacia de la almohada. Resiste tan poco la luz sin cortina como su habitación. Los rizos artificiales caen planos sobre la frente y despuntan como cardos. La frente está surcada de pequeñas arrugas, bajo los ojos tiene ojeras, la comisura de los labios muestra un gesto flácido.

Y yo mismo no tengo mejor aspecto en ese espejo. El rostro cansado, los ojos abatidos, el pelo revuelto, la barba incipiente, el pecho de la camisa arrugado.

Comienzo a vestirme sin lavarme. No deseo utilizar sus palanganas y toallas. Las perneras están aún húmedas de ayer y los zapatos embarrados. La pelusa del sombrero de copa está hirsuta por numerosas partes y el cuello sucio.

Cuando me escucha caminar, se despierta de golpe.

—¿Te vas ya? —pregunta.

Parece inquietarle algo, sigue, la cabeza sobre el codo, cada uno de mis movimientos mientras me visto. Cuando me he puesto ya el abrigo y cepillo el sombrero, no puede resistir la tentación de preguntar:

—¿No te irás sin darme un regalito?

Cuando oye la moneda de oro tintinear sobre la chimenea, se levanta, busca sus pantuflas, se envuelve en el peinador y me acompaña hasta la salida. Se ofrece a

besarme en la puerta, pero se lo impido y tampoco a ella le importa. Ambos estamos saciados del otro.

Al bajar las escaleras, donde ahora sacuden alfombras, observo delante de cada puerta dos pares de zapatos, los más grandes de hombre y los más pequeños de mujer, cubiertos ambos de barro, colocados allí para que los lustren.

Fuera, la mañana de Navidad es clara y fría. De una iglesia cercana llega el tañido de campanas.

—¡Feliz Navidad! —me desea mi portera, la encuentro en las escaleras de mi casa.

Por la ventana de mi cuarto se ve el París matinal al completo, y los tejados y las cúpulas de las iglesias resplandecen.

Mecánicamente me apresuro a lavarme, a ponerme algo limpio y a acostarme de nuevo.

Y allí tumbado y con la vista clavada en el techo, persiste en mí la misma sensación de lucidez glacial. Hay una deliciosa lasitud en mi cuerpo y estiro con placer mis miembros, que parecen flexibles y agradablemente blandos. La sangre circula con tal tranquilidad y calma en mis venas que parecen despejadas y limpias de algún cieno. «¡Uf!», digo pensando de nuevo en Anna. «¡Así que esto ha sido todo! ¡Oh, las raíces al final no eran profundas!». Lo digo en alto, quiero escuchar cómo suena. Y en mi voz en verdad no hay objeción alguna.

¡Date por contento! ¡Así es la vida! ¡Acéptala tal y como se te entrega!

Y descansando allí, de espaldas, entre sábanas limpias, frescas, dibujo fría, sosegadamente y con irónico desdén una imagen ordinaria de mi futuro. Es una figura incolora y de líneas secas, como trazada con regla, semejante a mi actual estado de ánimo.

Es el apartamento de un soltero maduro donde hay una gran mesa con sus papeles, ordenados, y una estantería con sus libros. Un sofá de cuero y, en una de sus esquinas, un gastado cojín para la siesta del soltero. Cama de hierro. En la habitación, humo de tabaco. Ropa bien cepillada los días de escuela. En casa una bata que se arrastra por el suelo y pantuflas. Una vieja ama de llaves ocupándose de la economía. La mayoría de las noches en el restaurante, donde conversa seriamente sobre los asuntos del día y se inclina hacia el conservadurismo. Es lo más seguro. A cierta hora vuelve a casa. Lee de algún libro antes de acostarse. En la pared junto a la cama hay una amarillenta corona de laurel, recuerdo de su ceremonia del título de maestro. Pero en el interior falta la imagen. En verano vive en una isla marina solitaria y pesca.

Eso es todo, nada más. Y más allá no despierta una sola fantasía ni esperanzas fundadas en ella. El cielo de mi vida parece aclararse y enfriarse. Yo mismo me hielo y me encojo. El vacío perfecto me rodea, las campanas del alma de la soledad desierta resuenan en mis oídos. Y me creo listo para recibir lo inexistente que la vida me ofrece. Y me giro hacia la pared, para dormir.

Pero entonces creo sentir en mis sábanas el aroma a cama de esta mañana, su pelo, su habitación. Quiere acercarse a mí, trata de acariciarme, besarme y abrazarme.

Y de un barrido queda demolido mi anterior ánimo y su manera de enfocar las cosas. Un asco que repugna al corazón me voltea el ánimo y me sacude de la cabeza a los pies.

La vuelvo a amar, a Anna, la sigo amando con mayor locura, más desesperación que nunca jamás. Desde lo más profundo de mi ser la llamo justo ahora, justo en este instante, que acuda a mi lado, le grito que entre por esa puerta, se arroje a mi pecho, me purifique a besos, me renueve con sus caricias. Le contaría todo esto igual que un sueño malo, pérfido. Me perdonaría y yo comenzaría mi vida de nuevo.

Pero ella no viene. Los pasos en la escalera no son suyos. Es alguien similar a mí, se detiene junto a la puerta y se oye girar la llave en el cerrojo.

¿Por qué no me concede paz ni en mi tumba? ¿Por qué no puedo liberarme de ella, olvidarla, apartarla, igual que otras muchas esperanzas frustradas? ¿Por qué no puedo desprenderme de ella en el placer y en el egoísmo de mi soledad? ¿Por qué no puedo helarme en mi indiferencia?

Pero es vano preguntar. Sé que ni debo ni puedo. Tal vez se desvanezca de mi mente por un breve instante, tal vez por las tardes y noches. Estos instantes matinales desesperadamente reales, inmutables, habrán de ser siempre los mismos. Regresarán estos mismos sentimientos, este mismo anhelo desdichado, este pesar agotador, lacerante. Viva donde viva, busque consuelo y olvido donde los busque, siempre la echaré de menos a mi lado, donde ella no está. Probé a extinguir su imagen, a ocultar su rostro... siempre habrá de verse a través del sello de agua, un perfil puro y un ondulado mechón junto a la oreja.

París, septiembre de 1889 - Iisalmi, agosto de 1890



JUHANI AHO (Lapinlahti, 11 de septiembre de 1861 - Helsinki, 8 de agosto de 1921), cuyo nombre verdadero fue Johannes Brofeldt hasta 1907, fue un escritor y periodista finlandés que cultivó la novela y la poesía. Su carrera como escritor duró cerca de cuarenta años.

Su obra más conocida es *Solo*, publicada en 1890.

Notas

[1] «¿Ha terminado, caballero?» / «Sí». / «¿No desea café, un coñac?». / «Por favor».
/ «Tiene usted un aspecto muy triste, señor. ¿Tiene usted preocupaciones?». / «No,
señora, al contrario». <<

[2] «¡Señor! ¡Señor! ¿No le apetecería a usted, señor?». <<

[3] «Nada, señor, nada». <<

[4] «¡Aquí tiene, una carta para el caballero!». <<